

***LA MADRE DE LOS
MONSTRUOS Y OTROS
CUENTOS DE LOCURA Y
MUERTE***

Guy de Maupassant

LA CABELLERA

La celda tenía paredes desnudas, pintadas con cal. Una ventana estrecha y con rejas, horadada muy alto para que no se pudiera alcanzar, alumbraba el cuarto, claro y siniestro; y el loco, sentado en una silla de paja, nos miraba con una mirada fija, vacía y atormentada. Era muy delgado, con mejillas huecas, y el pelo casi cano que se adivinaba había encanecido en unos meses. Su ropa parecía demasiado ancha para sus miembros enjutos, su pecho encogido, su vientre hueco. Uno sentía que este hombre estaba destrozado, carcomido por su pensamiento, un Pensamiento, al igual que una fruta por un gusano. Su Locura, su idea estaba ahí, en esa cabeza, obstinada, hostigadora, devoradora. Se comía el cuerpo poco a poco. Ella, la Invisible, la Impalpable, la Inasequible, la Imaterial Idea consumía la carne, bebía la sangre, apagaba la vida.

¡Qué misterio representaba este hombre aniquilado por un sueño! ¡Este Poseso daba pena, miedo y lástima! ¿Qué extraño, espantoso y mortal sueño vivía detrás de esa frente, que fruncía con profundas arrugas, siempre en movimiento?

El médico me dijo: —Tiene unos terribles arrebatos de furor; es uno de los dementes más peculiares que he visto. Padece locura erótica y macabra. Es una especie de necrófilo. Además, ha escrito un diario que nos muestra de la forma más clara la enfermedad de su espíritu y en el que, por así decirlo, su locura se hace palpable. Si le interesa, puede leer ese documento.

Seguí al doctor hasta su gabinete y me entregó el diario de aquel desgraciado.

—Léalo —dijo—, y deme su opinión.

He aquí lo que contenía el cuaderno:

«Hasta los treinta y dos años viví tranquilo, sin amor. La vida me parecía sencillísima, generosa y fácil. Yo era rico. Me gustaban tantas cosas que no podía sentir pasión por ninguna en concreto. ¡Es estupendo vivir! Me despertaba feliz cada día, dispuesto a hacer las cosas que me gustaban, y me acostaba satisfecho, con la apacible esperanza de un mañana y un futuro sin preocupaciones.

«Había tenido algunas amantes sin haber sentido nunca mi corazón enloquecido por el deseo o mi alma herida por el amor después de la posesión. Es estupendo vivir así. Es mejor amar, pero es terrible. Los que aman como todo el mundo deben experimentar una felicidad apasionada, aunque quizás menor que la mía, porque el amor vino a mí de una manera increíble.

«Como era rico, buscaba muebles antiguos y objetos viejos; y a menudo pensaba en las manos desconocidas que habían palpado esas cosas, en los ojos que las habían admirado, en los corazones que las habían querido, ¡porque se quieren las cosas! A menudo permanecía durante horas y horas mirando un

pequeño reloj del siglo pasado. Era una preciosidad, con su esmalte y su oro cincelado. Y seguía funcionando como el día en que lo compró una mujer, encantada de poseer esa fina joya. No había dejado de latir, de vivir su vida mecánica, y seguía siempre con su tictac regular, desde una época pasada.

«¿Quién sería la primera en llevarlo sobre su pecho, entre los tejidos tibios, mientras el corazón del reloj latía junto a su corazón de mujer? ¿Qué mano lo habría tenido entre la punta de los dedos cálidos, mirándolo por ambas caras una y otra vez y limpiando luego los pastores de porcelana empañados un segundo por el trasudor de la piel? ¿Qué ojos habrían acechado en la esfera florida la hora esperada, la hora querida, la hora divina?

«¡Cómo me habría gustado ver, conocer a aquella mujer que había elegido este objeto exquisito y raro! ¡Pero está muerta! ¡Estoy poseído por el deseo de las mujeres de antaño, amo, desde lejos, a todas aquellas que han amado! La historia de los cariños pasados me llena el corazón de pesar. ¡Oh, la belleza, las sonrisas, las jóvenes caricias, las esperanzas! ¿No debería ser eterno todo esto?

«¡Cuánto he llorado, durante noches enteras, pensando en las pobres mujeres de otro tiempo, tan bellas, tan tiernas, tan dulces, cuyos brazos se abrieron para el beso, y ya muertas! ¡El beso es inmortal! ¡Va de boca en boca, de siglo en siglo, de edad en edad; los hombres lo recogen, lo dan y mueren!

«El pasado me atrae, el presente me asusta porque el futuro es muerte. Lamento todo lo que se ha hecho, lloro por todos los que han vivido; quisiera detener el tiempo, detener la hora. Pero ella pasa, se va y me quita segundo tras segundo un poco de mí para la nada de mañana. Y no volveré a vivir nunca más.

«Adiós, mujeres de ayer. Os amo.

«Pero no tengo de qué quejarme. Encontré a aquélla a la que yo esperaba; y gracias a ella he disfrutado de placeres increíbles.

«Una mañana soleada iba vagabundeando por París, con el alma alegre y el pie ligero, mirando las tiendas con un vago interés de paseante ocioso. De pronto, en una tienda de antigüedades vi un mueble italiano del siglo XVII. Era hermoso y muy raro. Se lo atribuí a un artista veneciano llamado Vitelli, muy famoso en su época.

«Y seguí mi camino.

«¿Por qué me persiguió el recuerdo de ese mueble con tanta fuerza, haciéndome volver atrás? Me detuve ante la tienda para verlo de nuevo y sentí que me tentaba.

«La tentación es algo tan singular... Miramos un objeto y éste, poco a poco, nos seduce, nos turba, nos invade como lo haría un rostro de mujer. Su encanto entra en nosotros; extraño encanto que viene de su forma, de su color, de su fisonomía de cosa; y ya lo amamos, lo deseamos, lo queremos. Una necesidad de posesión nos invade, una necesidad débil al principio, como tímida, pero que crece, se hace violenta, irresistible.

«Y los comerciantes parecen adivinar en la llama de la mirada ese deseo secreto y creciente.

«Compré el mueble e hice que me lo llevaran inmediatamente a casa, poniéndolo en mi habitación.

«¡Oh, cómo compadezco a quienes desconocen esa luna de miel entre el coleccionista y el objeto que acaba de comprar! Lo acaricia con la mirada y la mano como si fuera de carne; vuelve a su lado en cualquier momento, piensa siempre en él vaya donde vaya, haga lo que haga. Su recuerdo vivo le sigue en la calle, por el mundo, en todos los lados; y cuando vuelve a casa, antes incluso de quitarse los guantes y el sombrero, corre a contemplarlo con una ternura de amante.

«Realmente, durante ocho días adoré ese mueble. Abría en todo momento sus puertas, sus cajones; lo tocaba extasiado, disfrutando de todos los placeres íntimos de la posesión.

«Pero una tarde, mientras palpaba el espesor de un panel, me di cuenta de que debía de ocultar un escondite. Los latidos de mi corazón se aceleraron y me pasé la noche buscando el secreto sin llegar a descubrirlo.

«Lo conseguí al día siguiente, al introducir la hoja de una navaja en una hendidura del entablado. Una plancha se deslizó y percibí, extendida sobre un fondo de terciopelo negro, una maravillosa cabellera de mujer.

«Sí, una cabellera: una enorme trenza de cabellos rubios, casi pelirrojos, que debían de haber sido cortados junto a la piel y estaban atados por una cuerda de oro.

«¡Me quedé estupefacto, aturdido, temblando! Un perfume casi insensible, tan antiguo que parecía ser el alma de un olor, se escapaba del misterioso cajón y de la sorprendente reliquia.

«La cogí, despacio, casi religiosamente, y la saqué de su escondite. Entonces se liberó, derramándose en un torrente dorado que cayó hasta el suelo, espeso y ligero, ágil y brillante como la cola de fuego de un cometa.

«Una extraña emoción se apoderó de mí. ¿Qué era aquello? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué habían ocultado esos cabellos en el mueble? ¿Qué aventura, qué drama escondía ese recuerdo?

«¿Quién los había cortado? ¿Un amante en un día de despedida? ¿Un marido en un día de venganza? ¿O la que los había llevado en su frente en un día de desesperación?

«¿Fue antes de entrar en un convento cuando se arrojó ahí esa fortuna de amor, como una prenda dejada al mundo de los vivos? ¿Fue en el momento de cerrar la tumba de la joven y hermosa muerta cuando quien la adoraba se había quedado el cabello que embellecía su cabeza, lo único que podía conservar de ella, la única parte viva de su carne que no podía pudrirse, la única que podía amar todavía y acariciar y besar en sus momentos de rabia y de dolor?

«¿No resultaba extraño que esa cabellera hubiera permanecido incólume, cuando ya no quedaba ni un ápice del cuerpo del que había nacido?

«Fluía entre mis dedos, me hacia cosquillas en la piel con una caricia singular, una caricia de muerta. Me sentía conmovido, como si fuera a llorar.

«La conservé largo tiempo entre mis manos, y me pareció que se movía como si una parte de su alma se hubiera quedado escondida en ella. Entonces la volví a poner sobre el terciopelo deslustrado por el tiempo, cerré el cajón y el mueble y me fui a recorrer las calles para soñar.

«Caminaba siempre de frente, preso de tristeza, y también de desconcierto, de ese desconcierto que se nos queda en el corazón tras un beso de amor. Me parecía que ya había vivido antaño, que debía de haber conocido a aquella mujer

«Y los versos de Villon subieron a mis labios como lo haría un sollozo.

*Decidme dónde, en qué país
está Flora, la bella romana
Archipiade y Taís
que fue su prima hermana.
Eco, voz que lleva la fama
bajo río o bajo estanque ;
cuya belleza fue más que humana.
Mas, ¿dónde están las nieves de antaño ?*

.....
*La reina Blanca como un lis
que cantaba con voz de sirena,
Berta la del gran pie, Beatriz, Alix
y Haremburgis, que obtuvo el Maine,
y Juana, la buena lorena
que los ingleses quemaran en Ruán...
¿Dónde están, Virgen soberana?
Mas ¿dónde están las nieves de antaño!*

«Cuando regresé a casa, sentí un deseo irresistible de volver a ver mi extraño hallazgo; y lo cogí de nuevo, y sentí, al tocarlo, un largo escalofrío que me recorría el cuerpo.

«Durante unos días, sin embargo, permanecí en mi estado habitual, aunque ya no me abandonaba el vivo recuerdo de aquella cabellera.

«En cuanto volvía a casa, necesitaba verla y tocarla. Daba la vuelta a la llave del armario con ese estremecimiento que tenemos al abrir la puerta de nuestra amada, ya que sentía en las manos y en el corazón una necesidad confusa, singular, continua, sensual de bañar mis dedos en aquel arroyo encantador de cabellos muertos.

«Luego, cuando había acabado de acariciarla, cuando había cerrado de nuevo el mueble, seguía sintiéndola allí como si fuera un ser viviente, escondido, prisionero; y la sentía y la deseaba otra vez; tenía de nuevo la

necesidad imperiosa de volver a cogerla de palparla, de excitarme hasta el malestar con aquel contacto frío, escurridizo, irritante, enloquecedor, delicioso.

«Viví así un mes o dos, ya no lo sé. Ella me obsesionaba, me atormentaba. Estaba feliz y torturado, como en una espera de amor, como después de las confesiones que preceden al abrazo.

«Me encerraba a solas con ella para sentirla sobre mi piel, para hundir mis labios en ella, para besarla, morderla. La enroscaba alrededor de mi rostro, la bebía, ahogaba mis ojos en su onda dorada, con el fin de ver el día rubio a través de ella.

«¡La amaba! Sí, la amaba. Ya no podía pasar sin ella, ni estar una hora sin volver a verla.

«Y esperaba... esperaba... ¿qué? No lo sabía. La esperaba a ella.

«Una noche me desperté bruscamente con el pensamiento de que no me encontraba solo en mi habitación.

«Sin embargo, estaba solo. Pero no pude volver a dormirme; y como me agitaba en una fiebre de insomnio, me levanté para ir a tocar la cabellera. Me pareció más suave que de costumbre, más animada. ¿Regresan los muertos? Los besos con los que la excitaba me hacían desfallecer de felicidad; y me la llevé a mi cama, y me acosté, oprimiéndola contra mis labios, como una amante a la que se va a poseer.

«¡Los muertos regresan! Ella vino. Sí, la he visto, la he tenido entre mis brazos, la he poseído, tal como era cuando estaba viva antaño, alta, rubia, exuberante, los senos fríos, la cadera en forma de lira; y he recorrido con mis caricias esa línea ondeante y divina que va desde la garganta hasta los pies siguiendo todas las curvas de la carne.

«Sí, la he tenido, todos los días y todas las noches. Ha vuelto, la Muerta, la bella Muerta, la Adorable, la Misteriosa, la Desconocida, todas las noches.

«Mi felicidad fue tan grande que no pude esconderla. Junto a ella experimentaba un arrobamiento sobrehumano, ¡la alegría profunda, inexplicable de poseer lo Inasequible, lo Invisible, la Muerta! ¡Ningún amante ha disfrutado nunca de gozos más ardientes, más terribles!

«No supe esconder mi felicidad. La amaba tanto que ya no quería estar sin ella. La llevaba conmigo, siempre, a todas partes. La paseaba por la ciudad como si fuera mi esposa, y la llevaba al teatro en palcos con rejas, como si fuera mi amante... Pero la vieron... adivinaron... me la quitaron... Y me han metido en la cárcel, como un malhechor. Me la quitaron... ¡Oh! ¡Miseria!...

«El manuscrito se detenía ahí. Y de pronto, mientras dirigía una mirada despavorida hacia el médico, un grito espantoso, un aullido de furor impotente y de deseo exasperado se alzó en el manicomio.

—Escúchelo —dijo el doctor—. Hay que duchar cinco veces al día a ese loco obsceno. El sargento Bertrand no fue el único en amar a las muertas.

Balbuocé, emocionado de asombro, horror y piedad: —Pero... esa cabellera... ¿existe realmente?

El médico se levantó, abrió un armario lleno de frascos y de instrumentos y me lanzó, de una punta a otra de su gabinete, una larga centella de cabellos rubios que voló hacia mí como un pájaro de oro.

Me estremecí al sentir entre mis manos su tacto acariciador y ligero. Y me quedé con el corazón latiendo de repugnancia y de deseo, de repugnancia como al contacto de los objetos arrastrados en crímenes, de deseo como ante la tentación de algo infame y misterioso.

El médico prosiguió encogiéndose de hombros: —La mente del hombre es capaz de cualquier cosa.

(13 de mayo de 1884)

LA MADRE DE LOS MONSTRUOS

Recordé esta horrible historia y a aquella horrible mujer al ver pasar hace unos días, en una playa apreciada por la gente adinerada, a una joven parisiense muy conocida, elegante, encantadora, adorada y respetada por todos.

Mi historia se remonta muy atrás, pero ciertas cosas no se olvidan.

Me había invitado un amigo a quedarme un tiempo en su casa en una pequeña ciudad de provincias. Para hacerme los honores del país, me paseó por todos los sitios, me hizo ver los paisajes alabados, los castillos, las industrias, las ruinas; me enseñó los monumentos, las iglesias, las viejas puertas esculpidas, unos árboles de enorme tamaño o con forma extraña, el roble de Saint André y el tejo de Roqueboise.

Cuando examiné con exclamaciones de entusiasmo benévolo todas las curiosidades de la región, mi amigo me dijo con aire desolado que ya no quedaba nada por visitar. Respiré. Ahora iba a poder descansar un poco, a la sombra de los árboles. Pero de pronto dio un grito:

—¡Ah, sí! Tenemos a la madre de los monstruos, debes conocerla.

Pregunté: —¿A quién? ¿A la madre de los monstruos?

Prosiguió: —Es una mujer abominable, un verdadero demonio, un ser que da a luz cada año, voluntariamente, a niños deformes, horribles, espantosos, en fin unos monstruos, y que los vende al exhibidor de fenómenos.

»Esos siniestros empresarios vienen a informarse de vez en cuando de si ha producido algún nuevo engendro y, cuando les gusta el sujeto, se lo llevan y le pagan una renta a la madre.

»Tiene once engendros de esta naturaleza. Es rica.

»Crees que bromeo, que invento, que exagero. No, amigo mio. No te cuento más que la verdad, la pura verdad.

»Vayamos a ver a esa mujer. Luego te contaré cómo se convirtió en una fábrica de monstruos.

Me llevó a las afueras de la ciudad.

Ella vivía en una bonita casita al borde de la carretera. Resultaba agradable y estaba muy cuidada. El jardín, lleno de flores, olía bien. Parecía la residencia de un notario retirado de los negocios.

Una criada nos hizo entrar a una especie de pequeño salón campesino y la miserable apareció.

Tendría unos cuarenta años. Era una mujer alta, de rasgos duros, pero bien hecha, vigorosa y sana, el auténtico tipo de campesina robusta, medio bruta y medio mujer.

Sabía de la reprobación general y parecía no recibir a la gente sino con una humildad llena de odio.

Preguntó: —¿Qué desean los señores?

Mi amigo prosiguió: —Me han dicho que su último hijo estaba hecho como todo el mundo, pero que no se parecía en absoluto a sus hermanos. He querido cerciorarme de ello. ¿Es verdad?

Nos echó una mirada ladina y furiosa y contestó:

—¡Oh, no! ¡Oh, no, señor! Es casi más feo que los otros. Mi mala suerte, mi mala suerte. Todos así, señor, todos así, qué desgracia tan grande, ¿cómo puede nuestro Señor tratar así a una pobre mujer como yo, sola en el mundo? ¿Cómo puede ser?

Hablaba de prisa, los ojos bajos, con aire hipócrita, igual que una fiera que tiene miedo. Endulzaba el tono áspero de su voz y uno se extrañaba de que aquellas palabras lacrimosas e hiladas en falsete salieran de ese gran cuerpo huesudo, demasiado fuerte, con ángulos bastos, que parecía estar hecho para los gestos vehementes y para aullar del mismo modo que los lobos.

Mi amigo pidió: —Quisiéramos ver a su pequeño.

Me pareció que se sonrojaba. ¿Quizá me equivoqué? Tras unos instantes de silencio, dijo en voz más alta: —¿De qué les serviría?

Y había vuelto a enderezar la cabeza, mirándonos de hito en hito con ojeadas bruscas y con fuego en la mirada.

Mi compañero prosiguió: —¿Por qué no nos lo quiere enseñar? A otra gente sí que se lo enseña. ¡Sabe de quién hablo!

La mujer se sobresaltó y, liberando su voz, dando rienda suelta a su ira, gritó: —Diga, ¿pa' eso han venido? ¿Pa' insultarme, eh? ¿Porque mis hijos son como animales, verdad? No lo van a ver, no, no, no lo van a ver; váyanse, váyanse. ¿Por qué les dará a todos por torturarme así?

Iba hacia nosotros, con las manos en las caderas. Al sonido brutal de su voz, una especie de gemido o más bien de maullido, un lamentable grito de idiota salió del cuarto vecino. Me hizo estremecerme hasta los tuétanos. Retrocedimos ante ella.

Mi amigo dijo con tono severo: —Tenga cuidado, Diabla (en el pueblo la llamaban la Diabla), tenga cuidado, tarde o temprano le traerá mala suerte.

Se echó a temblar de furor, agitando sus puños, desquiciada, gritando: — ¡Váyanse! ¿Qué me traerá mala suerte? ¡Váyanse! ¡Canallas!

Se nos iba a lanzar encima. Nos escapamos, con el corazón en un puño.

Cuando estuvimos delante de la puerta, mi amigo me preguntó: —¡Pues bien! ¿La has visto? ¿Qué te parece?

Contesté: —Cuéntame ya la historia de esa bruta.

Y he aquí lo que me contó mientras volvíamos con pasos lentos por la carretera general blanca, orlada de cosechas ya maduras, que un viento ligero, a ráfagas, hacía ondulas como un mar tranquilo.

Hace tiempo, esa chica servía en una granja; era trabajadora, formal y ahorradora. No se le conocían enamorados, no se sospechaba que tuviera debilidades.

Cometió una falta, como lo hacen todas, una tarde de cosecha, en medio de las gavillas segadas, bajo un cielo de tormenta, cuando el aire inmóvil y pesado parece estar lleno de un calor de horno y empapa de sudor los cuerpos morenos de los muchachos y de las muchachas.

Pronto se dio cuenta de que estaba embarazada y la atormentaron la vergüenza y el miedo. Al querer esconder su desgracia a toda costa, se apretaba con violencia el vientre con un sistema que había inventado, un corsé de fuerza, hecho con tablillas y cuerdas. Cuanto más se le hinchaba el vientre por la presión del niño que iba creciendo, más apretaba el instrumento de tortura, sufriendo un martirio, pero valiente ante el dolor, siempre sonriente y ágil, sin dejar que se viera o se sospechara nada.

Desgració en sus entrañas al pequeño ser oprimido por la horrible máquina; lo comprimió, lo deformó, hizo de él un monstruo. Su cabeza apretada se alargó, se desprendió en forma de punta con dos gruesos ojos saltones que salían de la frente. Los miembros oprimidos contra el cuerpo crecieron, retorcidos como la madera de las vides, se alargaron desmesuradamente, acabados en dedos semejantes a las patas de las arañas.

El torso se quedó muy pequeño y redondo como una nuez.

Dio a luz en pleno campo una mañana de primavera.

Cuando las escardadoras, que acudieron en su ayuda, vieron lo que le salía del cuerpo, se escaparon gritando. Y corrió el rumor en la región de que había parido un demonio. Desde entonces la llaman «la Diabla».

La echaron del trabajo. Vivió de la caridad y quizás de amor en la sombra, ya que era buena moza, y no todos los hombres temen el infierno.

Crió a su monstruo, a quien por cierto aborrecía, con un odio salvaje, y a quien quizás habría estrangulado si el cura, previendo el crimen, no la hubiera asustado con la amenaza de la justicia.

Ahora bien, un día, unos exhibidores de fenómenos que estaban de paso oyeron hablar del espantoso engendro y pidieron verlo para llevárselo si les gustaba. Les gustó y pagaron a la madre quinientos francos contantes y sonantes. Ella, primero vergonzosa se negaba a dejar ver a esa especie de animal; pero cuando descubrió que valía dinero, que excitaba el deseo de esa gente, se puso a regatear, a discutir cada céntimo, azuzándoles con las deformidades de su hijo, alzando sus precios con una tenacidad de campesino.

Para que no la robaran, les hizo firmar un papel. Y se comprometieron a abonarle además cuatrocientos francos por año, como si tomaran ese bicho a su servicio.

Aquella ganancia inesperada enloqueció a la madre y ya no la abandonó el deseo de dar a luz a otro fenómeno, para disfrutar de rentas como una burguesa.

Como era muy fértil, consiguió lo que se proponía, y se volvió hábil, parece ser, en variar las formas de sus monstruos según las presiones que les hacía padecer durante el tiempo del embarazo.

Tuvo engendros largos y cortos, algunos parecidos a cangrejos, otros semejantes a lagartos. Varios murieron, y se sintió afligida.

La justicia intentó intervenir, pero no se pudo probar nada. Se la dejó pues fabricar sus fenómenos en paz.

En este momento tiene once engendros bien vivos, que le proporcionan, año tras año, de cinco a seis mil francos. Sólo uno no está colocado todavía, el que no ha querido enseñarnos. Pero no se lo quedará mucho tiempo, porque hoy en día todos los titiriteros del mundo la conocen y vienen de vez en cuando a ver si tiene algo nuevo.

Incluso organiza subastas entre ellos cuando el sujeto lo merece.

Mi amigo se calló. Una repugnancia profunda me levantaba el corazón, así como una ira tumultuosa, un arrepentimiento de no haber estrangulado a aquella bruta cuando la tenía al alcance de la mano.

Pregunté: —¿Pero quién es el padre?

Contestó: —No se sabe. Tiene o tienen cierto pudor. Se esconde o se esconden. A lo mejor comparten los beneficios.

Ya no pensaba en esa lejana aventura hasta que vi, hace unos días, en una playa de moda, a una mujer elegante, encantadora, coqueta, amada, rodeada por hombres que la respetan.

Iba por la playa arenosa con un amigo, el médico de la estación. Diez minutos más tarde, vi a una criada que cuidaba a tres niños envueltos en la arena.

Unas pequeñas muletas que yacían en el suelo me conmovieron. Noté entonces que los tres pequeños seres eran deformes, jorobados y corvos, horrorosos.

El doctor me dijo: —Son los productos de la encantadora mujer con la que acabamos de cruzarnos.

Una lástima profunda por ella y por ellos se apoderó de mi alma. Exclamé: —¡Oh, pobre madre! ¡Cómo podrá seguir riéndose!

Mi amigo prosiguió: —No la compadezcas, querido amigo. Son los pobres pequeños a quienes hay que compadecer. Ésos son los resultados de las cinturas que permanecieron finas hasta el último día. Estos monstruos se fabrican con el corsé. Ella sabe perfectamente que se juega la vida con ese juego. ¡Qué más le da, con tal de ser bella y amada!

Y recordé a la otra, la campesina, la Diabla, que vendía sus fenómenos.

JUNTO A UN MUERTO

Se moría poco a poco, como se mueren los tísicos. Todos los días lo veía sentarse a eso de las dos, bajo las ventanas del hotel, frente al mar, tranquilo, en un banco del paseo.

Permanecía algún tiempo inmóvil bajo el calor del sol, contemplando con ojos sombríos el Mediterráneo.

A veces dirigía una mirada hacia la alta montaña de cumbres brumosas que cierra el Mentón; luego, con un movimiento muy lento, cruzaba sus largas piernas, tan enflaquecidas que parecían dos huesos alrededor de los cuales flotaba el paño del pantalón, y abría un libro, siempre el mismo.

Entonces, sin variar de postura, leía, leía con los ojos y con el pensamiento: parecía que todo su pobre cuerpo desfalleciente leía, que su alma penetraba, se perdía, desaparecía en aquel libro hasta la hora en que el aire fresco lo hacía toser un poco. Entonces, levantándose, penetraba en el hotel.

Era un alemán alto, de barba rubia, que almorzaba y comía en su cuarto y no hablaba con nadie.

Una vaga curiosidad me atrajo hacia él. Un día me senté a su lado, teniendo yo también en la mano, por el bien parecer, un volumen de poesías de Musset.

Me puse a hojear Rolla.

De pronto mi compañero me preguntó en un francés muy correcto:

-¿Sabe usted alemán, caballero?

-Ni una palabra.

-Lo siento; porque, ya que la casualidad nos ha reunido, le hubiera prestado, le hubiera hecho fijarse en una cosa inestimable: este libro que aquí tengo.

-¿Qué libro es éste?

-Es un ejemplar de mi maestro Schopenhauer, anotado por él. Todas las márgenes, como puede usted ver, están cubiertas con su letra.

Cogí con respeto aquel libro y contemplé aquellos garabatos incomprensibles para mí, pero que revelaban el inmortal pensamiento del mayor destructor de sueños que ha pasado por el mundo.

Entonces los versos de Musset estallaron en mi memoria:

VOLTAIRE:

*¿Duermes contento, y tu sonrisa horrible
envuelve aún tu rostro de ironía indecible?*

Y comparé involuntariamente el sarcasmo infantil, el sarcasmo religioso de Voltaire con la irresistible ironía del filósofo alemán, cuya influencia es, a pesar de todo, imborrable.

Aunque muchos protesten, se enfaden, se indignen o se exalten, no hay duda de que Schopenhauer ha marcado a la humanidad con el sello de su desdén y de su desencanto.

Filósofo desengañado, ha derribado las creencias, las esperanzas, las poesías, las quimeras; ha destruido las aspiraciones, ha asolado la confianza de las almas, ha matado el amor, abatiendo el culto ideal de las mujeres, ha destrozado las ilusiones del corazón; realizó la obra más gigantesca de escepticismo que pudo intentarse. Todo lo ha aplastado con su burla. Hoy mismo, los que lo abominan llevan indudablemente, muy a pesar suyo, en sus ideas, reflejos de su pensamiento.

-¿Ha conocido usted en la intimidad a Schopenhauer -pregunté al alemán.

-Hasta su muerte, caballero -contestó sonriendo con profundo aire de tristeza.

Me habló de él, refiriéndome la impresión casi sobrenatural que causaba aquel ser extraño a cuantos a él se acercaban.

Me contó la entrevista del "viejo demoledor" con un político francés, republicano, el cual, queriendo ver a aquel hombre, le encontró en una cervecería tumultuosa, sentado entre sus discípulos, seco, arrugado, riendo con una risa inolvidable, mordiendo y desgarrando las ideas y las creencias con una sola palabra, como un perro que de un mordisco deshace los tisúes con que está jugando, y me repitió la frase de aquel francés, que al irse, enloquecido y azorado, exclamaba: "He creído pasar una hora con el diablo".

Luego, añadió:

-En efecto, tenía una espantosa sonrisa que nos inspiró miedo hasta después de su muerte. Es una anécdota casi desconocida y que puedo contarle si le interesa.

Su voz cansada era interrumpida con frecuencia por los golpes de tos, mientras me refería lo siguiente:

-Schopenhauer acababa de morir, y convinimos que le velaríamos de dos en dos hasta la mañana siguiente.

"Estaba de cuerpo presente en una habitación, muy sencilla, amplia y sombría. Dos bujías ardían sobre la mesa de noche.

"El rostro no estaba desfigurado. Sonreía. Aquella arruga que conocíamos tan bien se marcaba en el extremo de sus labios; nos parecía que iba a abrir los ojos, a moverse, a hablar.

"Su pensamiento, o mejor dicho, sus pensamientos nos envolvían; nos sentíamos más que nunca en la atmósfera de su genio, invadidos, poseídos por él. Su dominio nos parecía más soberano a la hora de su muerte. Un misterio se mezclaba con el poder incomparable de aquel espíritu.

"El cuerpo de esos hombres desaparece, pero ellos quedan; y en la noche que sigue a la paralización de su corazón, le aseguro, caballero, que se ofrecen de un modo espantoso.

"Hablábamos bajo, siempre de él, recordando frases, fórmulas, aquellas sorprendentes máximas, semejantes a fulgores que iluminasen con algunas palabras las tinieblas de la vida ignorada.

"-Me parece que va a hablar -dijo mi camarada.

"Y miramos, con una inquietud rayana en miedo, aquel rostro inmóvil que no dejaba de sonreír.

"Poco a poco sentimos cierto malestar, opresión y aun desfallecimiento.

"-No sé lo que tengo, pero te aseguro que estoy malo -balbucí.

"Y entonces notamos que el cadáver olía mal.

"Mi compañero me propuso que nos trasladáramos al cuarto inmediato, dejando la puerta abierta; y yo acepté.

"Cogí una de las bujías que ardían en la mesa de noche, dejando allí la otra, y nos fuimos a sentar al otro extremo de la habitación de manera que pudiéramos ver desde nuestro sitio la cama y el muerto en plena luz.

"Pero nos obsesionaba de continuo; se hubiera dicho que su ser, inmaterial, libre, todopoderoso y dominante, rondaba en torno nuestro; y a veces, el infame olor del cuerpo descompuesto nos alcanzaba, nos penetraba, repugnante y vago.

"De pronto nos sentimos estremecidos hasta los huesos: un ruido, un leve ruido había salido del cuarto del muerto. Nuestras miradas se dirigieron hacia él y vimos, sí, señor, vimos perfectamente uno y otro una cosa blanca deslizándose por encima de la cama para caer en el suelo, sobre la alfombra, y desaparecer debajo de una butaca.

"De pronto nos pusimos de pie, sin saber que pensar, alocados por un terror estúpido, dispuestos a huir. Luego nos miramos el uno al otro. Estábamos horriblemente pálidos.

"El corazón nos latía con tal fuerza que se notaban sus latidos sobre nuestras levitas.

"Fui el primero en hablar.

"-¿Has visto?

"-Sí; he visto.

"-¿No está muerto?

"-Se halla en estado de putrefacción.

"-¿Qué vamos a hacer?

"Mi compañero, vacilante, dijo:

"-Hay que ir a verlo.

"Cogí nuestra bujía y entré delante, registrando con la mirada la extensa habitación de rincones oscuros. Nada se movía. Me acerqué a la cama. Pero permanecí sobrecogido de estupefacción, de espanto: ¡Schopenhauer ya no

sonreía! Tenía un gesto horrible: la boca apretada, las mejillas profundamente hundidas.

"-¡No está muerto! -exclamé.

"Pero el olor espantoso que me llegaba a las narices me sofocaba. No me movía, mirándolo con fijeza, tan turbado como ante una aparición.

"Entonces mi compañero, cogiendo la otra bujía, se agachó. Luego me tocó en el brazo, sin decirme una palabra. Siguiendo su mirada, descubrí en el suelo, bajo la butaca, al lado de la cama, muy blanca, sobre la oscura alfombra, abierta como para morder, la dentadura postiza de Schopenhauer.

"El trabajo de la descomposición, que afloja las mandíbulas, la había hecho salirse de la boca.

"Aquel día tuve realmente miedo, caballero."

Y como el sol se acercaba al mar resplandeciente, el alemán tísico se levantó y, después de saludarme, entró en el hotel.

SOBRE EL AGUA

El verano pasado había alquilado una casita de campo a orillas del Sena, a varias leguas de París, e iba a dormir allí todas las noches. Al cabo de unos días conocí a uno de mis vecinos, un hombre de unos treinta a cuarenta años, que desde luego era el tipo más raro que había visto nunca. Era un viejo barquero, pero un barquero fanático, siempre cerca del agua, siempre sobre el agua, siempre en el agua. Debía de haber nacido en un bote, y seguramente muera en la botadura final.

Una noche, mientras paseábamos a orillas del Sena, le pedí que me contara algunas anécdotas de su vida náutica. Entonces el buen hombre se animó, se transfiguró, se volvió locuaz, casi poeta. Tenía en el corazón una gran pasión, una pasión devoradora, irresistible: el río.

—¡Ay! —me dijo—, ¡cuántos recuerdos tengo en este río que ve fluir ahí cerca de nosotros! Vosotros, los habitantes de las calles, no sabéis lo que es un río. Pero escuche cómo un pescador pronuncia esa palabra. Para él es la cosa misteriosa, profunda, desconocida, el país de los espejismos y de las fantasmagorías, donde de noche se ven cosas que no son, donde se oyen ruidos que no se conocen, donde se tiembla sin saber por qué, como al cruzar un cementerio: y en efecto es el cementerio más siniestro, aquél donde no se tiene tumba.

«Para el pescador la tierra tiene límites, pero en la oscuridad, cuando no hay luna, el río es ilimitado. Un marinero no experimenta lo mismo por el mar. Éste es a menudo duro y malo, es verdad, pero grita, aúlla: el mar abierto es leal; mientras que el río es silencioso y pérfido. No ruge, corre siempre sin ruido, y el eterno movimiento del agua que fluye es más espantoso para mí que las altas olas del Océano.

«Ciertos soñadores pretenden que el mar esconde en su seno inmensos países azulados, donde los ahogados ruedan entre los grandes peces, en mitad de extraños bosques y en cuevas de cristal. El río sólo tiene profundidades negras en cuyo limo nos pudrimos. Sin embargo, es bello cuando brilla al sol que se levanta y cuando chapotea suavemente entre sus orillas llenas de cañas que murmuran.

«Un poeta, hablando del Océano, dijo:

*¡Oh, mares, cuántas lúgubres historias conocéis!
Mares profundos, temidos por las madres arrodilladas
Historias que os contáis cuando suben las mareas
Y es lo que os da las voces desesperadas
Que tenéis, a la noche, cuando venís hacia nosotros.*

«Pues bien, creo que las historias cuchicheadas por las finas cañas, con sus vocecitas tan dulces, deben de ser aún más siniestras que los dramas tétricos contados por los aullidos de las olas.

«Pero ya que me pregunta por algunos de mis recuerdos, le voy a contar una aventura singular que me ocurrió aquí, hace unos diez años.

«Vivía, como hoy, en la casa de la madre Lafon, y uno de mis mejores amigos, Louis Bernet, que ahora ha renunciado al canotaje, a sus pompas y a su desaliño para entrar en el Consejo de Estado, estaba instalado en el pueblo de C..., dos leguas más abajo. Cenábamos todos los días juntos, unas veces en su casa, otras en la mía.

«Una noche, cuando volvía solo y bastante cansado, arrastrando penosamente mi gran barco, un océano de doce pies que utilizaba siempre de noche, me paré unos segundos para recobrar aliento cerca de la punta de las cañas, allí, unos doscientos metros antes del puente del ferrocarril. Hacía un tiempo magnífico; la luna resplandecía, el río brillaba, la noche era suave, sin viento. Aquella tranquilidad me tentó; pensé que sería muy agradable fumar una pipa en aquel lugar. La acción siguió al pensamiento; cogí el ancla y la tiré al río.

«El bote, que volvía a bajar con la corriente, corrió su cadena hasta el final, y se paró; me senté atrás en mi piel de borrego, tan cómodamente como me fue posible. No se oía nada, absolutamente nada: tan sólo a veces me parecía percibir un pequeño chapoteo casi insensible del agua contra la orilla, y veía unos grupos de cañas más altas que tomaban aspectos sorprendentes y parecían agitarse por momentos.

«El río estaba completamente tranquilo; aun así me sentí emocionado por el silencio extraordinario que me envolvía. Todos los animales, ranas y sapos, esos cantantes nocturnos de las ciénagas, se callaban. De pronto, a mi derecha, muy cerca de mí, una rana croó. Me estremecí. Se calló. Ya no oí nada más y decidí fumar un poco para distraerme. Sin embargo, aunque era un fumador de pipa experimentado, no pude fumar; en cuanto tomé la segunda bocanada, me mareé y lo dejé. Me puse a canturrear; el sonido de mi voz me resultaba lamentable; entonces me tumbé en el fondo del barco y miré el cielo. Durante unos instantes permanecí tranquilo, pero pronto los ligeros movimientos de la barca me preocuparon. Me pareció que daba bandazos gigantescos, tocando sucesivamente una y otra orilla del río; luego creí que un ser o una fuerza invisible la atraía suavemente al fondo del agua, levantándola después y dejándola caer de nuevo. Me estaba tambaleando como en mitad de una tormenta; oí ruidos a mi alrededor; me puse en pie de un salto: el agua brillaba; todo estaba tranquilo.

«Entendí que tenía los nervios un poco alterados y decidí irme. Empecé a tirar de la cadena; el bote se puso en movimiento, pero noté una resistencia. Tiré más fuerte, el ancla no vino; había enganchado algo en el fondo del agua y no podía subirla; volví a tirar, pero en vano. Entonces, con mi remos, hice dar la

vuelta a mi barco y lo llevé río arriba para cambiar la posición del ancla. Fue inútil, seguía enganchada; me puse furioso y sacudí la cadena con rabia. Nada se movió. Me sentí desanimado y me puse a reflexionar sobre mi situación. No podía pensar en romper la cadena ni en separarla de la embarcación, ya que era enorme y estaba clavada en la proa en un trozo de madera más gordo que mi brazo; pero como el tiempo seguía estando tan bueno, pensé que, sin duda, no tardaría en encontrar a algún pescador que me prestaría socorro. Mi desventura me había tranquilizado; me senté y pude por fin fumarme la pipa. Tenía una botella de ron, de la que tomé dos o tres vasos, y me reí de mi situación. Hacía mucho calor, por lo que en último caso podría pasar sin demasiados problemas la noche al sereno.

«De repente sonó un pequeño golpe contra la borda. Me sobresalté, y un sudor frío me heló de pies a cabeza. Aquel ruido venía sin duda de algún trozo de madera arrastrado por la corriente, pero había bastado para que me sintiera invadido de nuevo por una extraña agitación nerviosa. Agarré la cadena y tiré con todo mi cuerpo en un esfuerzo desesperado. El ancla resistió. Me volví a sentar, agotado.

«Entretanto, el río se había ido cubriendo poco a poco con una niebla blanca muy espesa que reptaba a muy baja altura sobre el agua, de modo que al ponerme de pie, ya no veía ni el río, ni mis pies, ni mi barco, sino que sólo veía las puntas de las cañas y, más lejos, la llanura palidísima que formaba la luz de la luna reflejada, con grandes manchas negras que ascendían en el cielo, formadas por grupos de álamos de Italia. Estaba como sepultado hasta la cintura en una sábana de algodón de una singular blancura, y me venían a la mente imágenes fantásticas. Me figuraba que intentaban subir a mi barca, que ya no podía distinguir, y que el río, escondido por aquella niebla opaca, debía de estar lleno de seres extraños que nadaban a mi alrededor. Sentía un malestar horrible, tenía las sienes oprimidas y mi corazón latía hasta casi ahogarme. Perdí la cabeza y pensé en escaparme nadando, pero en seguida aquella idea me hizo estremecer de espanto. Me vi, perdido, yendo a la aventura en aquella bruma espesa, forcejeando en medio de las hierbas y de las cañas que no podría evitar, boqueando de miedo, sin ver la orilla, sin encontrar mi barco, y me imaginaba que me arrastrarían por los pies hasta el mismo fondo de esa agua negra.

«Efectivamente, como habría tenido que remontar al menos quinientos metros la corriente antes de encontrar un lugar libre de hierba y de juncos donde poder hacer pie, tenía un noventa por ciento de posibilidades de no poder orientarme en aquella niebla y de ahogarme, por muy buen nadador que fuera.

«Intentaba razonar sentía que tenía la muy firme voluntad de no tener miedo, pero había en mí otra cosa además de la voluntad, y esa otra cosa tenía miedo. Me pregunté qué podía temer; mi yo valiente se burló de mi yo cobarde y no reparé nunca tan bien como aquel día en la oposición de los dos seres que

están en nosotros, el uno queriendo, el otro resistiendo, y cada cual ganando a ratos.

«Aquel pavor tonto e inexplicable seguía creciendo y se iba convirtiendo en terror. Permanecí inmóvil, con los ojos abiertos, el oído al acecho y esperando. ¿Qué? No tenía ni idea, pero debía de ser terrible. Creo que habría bastado con que a un pez se le hubiera ocurrido saltar fuera del agua, como ocurre a menudo, para hacerme caer redondo, sin conocimiento.

«Sin embargo, gracias a un esfuerzo violento, acabé por recobrar poco a poco la razón que se me escapaba. Tomé de nuevo mi botella de ron y bebí a grandes tragos. Entonces se me ocurrió una idea y me puse a gritar con todas mis fuerzas, volviéndome sucesivamente hacia los cuatro puntos del horizonte. Cuando mi garganta estuvo totalmente paralizada, me paré a escuchar: un perro aullaba, muy lejos.

«Volví a beber y me tumbé cuan largo soy en el fondo de mi barco. Permanecí así quizá una hora, quizá dos, sin dormir, con los ojos abiertos, con pesadillas a mi alrededor. No me atrevía a levantarme y sin embargo lo deseaba vivamente; minuto a minuto lo retrasaba. Me decía a mí mismo "¡Vamos, en pie!", y me daba miedo hacer un solo movimiento. Al final me levanté con infinitas precauciones como si mi vida dependiera del menor ruido que pudiera a hacer, y miré por encima de la cubierta.

«Quedé deslumbrado por el espectáculo más maravilloso, más sorprendente que se pueda ver. Era una de esas visiones contadas por los viajeros que vuelven de muy lejos y a quienes escuchamos sin creerles.

«La niebla que dos horas antes flotaba sobre el agua se había retirado poco a poco y acurrucado en las orillas. Y, al dejar el río completamente libre, había formado sobre cada orilla una colina ininterrumpida, de una altura de seis o siete metros, que brillaba bajo la luna con el soberbio resplandor de la nieve. De este modo no se veía nada más que el río laminado de fuego entre aquellas dos montañas blancas ; y arriba, sobre mi cabeza, se extendía, llena y ancha, una gran luna alumbradora en medio de un cielo azulado y lechoso. Todos los animales del agua se habían despertado; las ranas croaban furiosamente, mientras que oía, unas veces a un lado, otras al otro, la nota corta, monótona y triste, que lanza a las estrellas la voz cobriza de los sapos. Sorprendentemente, ya no tenía miedo; estaba en medio de un paisaje tan extraordinario que las singularidades más fuertes no hubieran podido sorprenderme.

«No sé cuánto tiempo duraría, ya que caí en una cierta somnolencia. Cuando volví a abrir los ojos, la luna se había puesto y el cielo estaba lleno de nubes. El agua chapoteaba lúgubremente, soplabla viento, hacía frío, la oscuridad era profunda.

«Bebí lo que me quedaba de ron y acuché tiritando el roce de las cañas y el ruido siniestro del río. Intentaba ver, pero no pude distinguir mi barco, ni mis propias manos, que acercaba a mis ojos.

«Poco a poco, sin embargo, el espesor de la oscuridad amainó. De pronto creí notar que una sombra se deslizaba muy cerca de mí; di un grito, una voz contestó; era un pescador. Le llamé, se acercó y le conté mi desventura. Colocó entonces su barco al lado del mío, y ambos tiramos de la cadena del ancla. No se movió. Se estaba haciendo de día, un día sombrío, gris, lluvioso, glacial, uno de esos días que nos traen tristezas y desgracias. Vi otra barca, le dimos una voz. El hombre que la llevaba unió sus esfuerzos a los nuestros; entonces, poco a poco, el ancla cedió. Subía, pero despacio, despacio, y cargada con un peso considerable. Finalmente vimos una masa negra y la echamos en la cubierta de mi barca.

«Era el cadáver de una anciana que llevaba al cuello una piedra de gran tamaño.

LA DESCONOCIDA

I

Hablábamos de afortunadas aventuras, y cada cual refería una historia extraña: sorprendentes y deliciosos encuentros en vapores, en hoteles, en el extranjero, en las playas. Las playas, al decir de Roger de Annettes, eran muy propicias a lances amrosos.

Goutrán, que hasta entonces callaba, fué consultado.

—Paris ofrece, como ningún otro lugar, singulares caprichos. Sucede con las mujeres como con otras muchas cosas; las estimamos y nos sorprenden más donde no suponemos hallarlas; pero realmente sólo en Paris acontecen extrañas aventuras.

Se calló un momento y prosiguió:

—¡Caramba! ¡Es curiosísimo! Échense a la calle una mañana de primavera. Las mujeres que transitan parecen capullos recién abiertos. ¡Ah! ¡Qué delicioso espectáculo! Todo huele a violeta, porque los carritos de las vendedoras ambulantes van cargados de fragantes violetas.

Todo alegre; y miramos a las mujeres. ¡Dios de Dios, qué tenadoras se muestran con sus vestidos claros de telas muy sutiles que transparentan -él color de piel! Divagamos sin rumbo fijo y con el alma ansiosa; la esperanza nos conduce; ¡qué mañanas tan felices!

La vemos venir a distancia, la contemplamos, la reconocemos cuando se acerca; es la que nos agrada. Una flor de su sombrero, un mohín de su cabeza, sus andares; basta un detalle cualquiera para que la adivinemos. Y al devorarla con los ojos decimos: «¡Hermosa mujer!»

Es una empleadita de almacén, -una señora que vuelve de la iglesia o que acude a una cita amorosa? ¡Qué más da! Su pecho redondo vibra bajo su blusa transparente. ¡Ah! Si fuera posible poner allí los dedos..., los dedos y los labios. ¿La mirada es tímida o atrevida? ¿El pelo negro o rubio? ¡Qué importa! Al rozarnos con su vestido aquella mujer que pasa nos produce una sensación, un cosquilleo agradable. Y ¡cómo deseamos todo el día a la que sólo vimos un momento! Yo guardo el recuerdo de bastantes criaturas vistas al pasar, una vez, diez veces, y me hubiera enamorado como un loco-de ellas en un trato íntimo.

Suceden así las cosas; aquellas mujeres que más deseamos nunca las conocemos. ¿Lo han observado ustedes? No cabe duda y tiene cierta gracia. Descubrimos de cuando en cuando mujeres cuya sola presencia nos hace concebir deseos apasionados; pero éstas pasan junto a nosotros y desaparecen para no volver jamás. Cuando pienso en todas las criaturas adorables que se han codeado conmigo en las calles de Paris, me enfurezco, me dan tentaciones de ahorcarme. ¿Dónde paran? ¿Quiénes son? ¿En qué lugar podría yo encontrarlas? ¿Cómo verlas de nuevo? Un proverbio dice que pasamos con

frecuencia junto a la dicha sin advertirlo. Pues bien: yo estoy seguro de que más de una vez he pasado junto a la que pudo hacerme suyo con el cebo de su carne deliciosa.

II

Roger de Annettes había escuchado sonriente, y dijo:

—Conozco eso bien, y voy a referir lo que me ocurrió hará cosa de cinco años: Encontré por vez primera, en el puente de la Concordia, a una hermosa mujer airosa y lozana, que me hizo un efecto..., un efecto... sorprendente. Morena, de un moreno acentuado, con los cabellos relucientes y las cejas unidas, como si formaran un solo arco entre las sienes. Un ligero bozo sombreaba el labio y hacía imaginar..., como se imaginan bosques adorables al ver un ramo verde sobre una mesa. Tenía el talle muy esbelto, el pecho muy saliente y casi provocativo, que se ofrecía como una tentación. Los ojos parecían dos manchas de tinta en esmalte blanco. No eran ojos, eran abismos negros y profundos abiertos en aquella cabeza, en aquella mujer, por donde se entraba en ella. Oh, qué mirada tan extraña, opaca y vacía, sin pensamiento... y tan hermosa!

Me pareció judía. La seguí. Muchos hombres se volvieron para contemplarla. Ella se balanceaba un poco al andar, sin elegancia, pero insinuante. Subió a un coche en la plaza de la Concordia, y como un estúpido, pegado al Obelisco me abrasó el más violento deseo que sentí en mi vida.

Estuve preocupado bastantes días; luego la olvidé.

Al medio año volví a encontrarla en la calle de la Paz, y sentí al verla una sacudida en el corazón, como cuando se tropieza impensadamente con una que fue nuestra querida y a la cual adoramos locamente. Me detuve para contemplarla. Cuando me rozó al pasar, creí que me hallaba en la boca de un horno. Cuando se alejó noté la sensación de un aire frío que me acariciaba el rostro. No la seguí, temeroso de hacer alguna simpleza.

Se me apareció repetidas veces en sueños. No era para mí novedad esta clase de obsesiones.

Estuve un año sin encontrarla; y una tarde, a la puesta del sol, en el mes de mayo, la reconocí en la avenida de los Campos Elíseos.

El Arco de la Estrella se dibujaba sobre la cortina roja del cielo. Un polvillo dorado y una roja y brillante, neblina, invadían el espacio: era una de esas deliciosas tardes que son las apoteosis de París.

La seguí con furiosos deseos de decirle algo, de arrodillarme a sus pies, de proclamar la pasión que me devoraba.

Dos veces, al acercarme a ella, me adelanté, sin atreverme a interrogarla, y retrocedí al sentir de nuevo el calor del horno que me había impresionado en la calle de la Paz.

Me miró. Luego la vi entrar en una casa de la calle de Presbourg. Aguardé dos horas en el portal de enfrente. No salió. Entonces me decidí a preguntar al portero. No la conocía:

—Debe de ser una visitante— me dijo.

Y estuve sin verla otros ocho meses.

Pero una mañana de enero, con un frío siberiano, andaba yo por el bulevar Malesherbes, muy de prisa para entrar en calor, y al revolver de una esquina tropecé con una señora, la cual dejó caer, efecto del choque, un paquetito que llevaba.

Quise disculparme de pronto ¡Era ella!

Quedé sobrecogido, estúpido: luego, al entregarle su paquete, le dije con brusquedad:

—Estoy pesaroso y satisfecho de haber dado a usted un encontrón, señora. Dos años hace que la conozco a usted, que la admiro, que me siento ansioso de tratarla, sin hallar manera de presentarme, sin conseguir siquiera saber dónde vive. Perdóneme mi franqueza y atribúyala solamente al deseo irreprimible de contarme entre el número de los que tienen derecho a saludarla. Un amor como éste no puede molestar a usted, ¿verdad? Usted no me conoce. Soy el barón Roger de Annettes. Infórmese antes de recibirme. Y si usted se niega, si no atiende a mi súplica, seré el más desdichado de los hombres. Muéstrese bondadosa conmigo; consienta y ayúdeme para que alguna vez pueda verla.

Fijó en mí sus ojos extraños y adormecidos y respondió sonriente:

—Deme usted su tarjeta. Iré a su casa.

Quedé tan sorprendido, que debió de conocerse la estupefacción que me produjeron aquellas palabras. Pero nunca tardo en reponerme y en recobrar mi serenidad. Me apresuré a poner en sus manos una tarjeta que guardó en su portamonedas con el movimiento rápido de una mano acostumbrada a escamotear cartitas.

Entonces dije:

—¿Cuándo nos veremos?

Dudó, como si tuviera que hacer un cálculo muy complicado: trataba sin duda de recordar, hora por hora, la distribución de su tiempo; luego dijo:

—El domingo por la mañana. ¿Le conviene?

—¡Ya lo creo que me conviene!

Y se alejó, después de haberme observado, juzgado, pesado, medido, analizado, con aquella mirada extraña, que parecía dejar huella sobre la piel: como si derramara sobre las gentes un líquido viscoso y negro como el-que sueltan los calamares para adormecer a los pececillos que serán su presa.

Me entregué hasta el domingo a un terrible trabajo intelectual, con el propósito de adivinar quién sería la mujer aquella, y fijarme una regla de conducta para la entrevista.

¿Debía pagarla? ¿Cómo?

Me decidí a comprar una joya, una bonita joya, que dejé, con el estuche abierto, sobre la chimenea.

Y después de pasar la noche inquieto y sin dormir apenas, aguardé a que llegase la desconocida.

Llegó a eso de las diez, muy despacio, muy tranquila, y me tendió la mano como si fuésemos de antes amigos. La hice sentar y le quité el sombrero, el velo, el abrigo, el manguito, Luego empecé con alguna turbación a mostrarme galante, muy galante, pues no era cosa de perder el tiempo.

No se hizo rogar ni mostró extrañeza, y no habíamos cruzado aún veinte palabras, cuando empecé a desnudarla. Ella prosiguió hábilmente esa faena que yo no hubiera terminado jamás. Soy algo torpe; me pincho con los alfileres; al quitar lazadas hago nudos imposibles; todo lo dificulto y todo lo retardo, todo lo embrollo y pierdo la serenidad.

¡Ay amigo mío! ¿Existen acaso en la vida momentos más deliciosos que cuando se mira, por discreción a cierta distancia y con cierto disimulo para no espantar el pudor de buitre que tiene todas, a la que se desnuda para nosotros y deja caer en circulo a sus pies todas sus crujientes envolturas, una tras otra?

¿Hay algo más hermoso que los movimientos de la mujer para librarse de las suaves telas que se desprenden, blandas y vacias, como si cayeran heridas de muerte?

¡Es tan conmovedora, tan atractiva, la aparición de la carne, de los brazos desnudos del pecho! ¡Tan perturbador el perfil del cuerpo que se adivina bajo el último velo!

Pero de pronto reparo en una cosa sorprendente; una mancha negra entre los dos hombros, una mancha bastante grande, de relieve, y muy negra. La mujer estaba de espaldas, y yo había prometido no mirar.

¿Qué era aquello? El bozo, las cejas unidas a la cabellera abundante, debieron de prepararme a recibir tal sorpresa.

Pero quedé bruscamente impresionado por visiones y reminiscencias singulares. Me pareció que tenía cerca de mí una maga de Las mil y una noches, uno de esos seres peligrosos y pérfidos, cuya misión se reduce a conducir a los hombres hasta el fondo de abismos desconocidos. Recordé que Salomón hizo andar sobre un espejo a la reina de Saba, para convencerse de que no tenía pezuñas como el diablo.

Y... cuando llegó el momento de cantarle una canción amorosa, noté... que me faltaba la voz en absoluto; ni siquiera un hilillo de voz, amigo, ¡nada! Y ella, después de aguardar inútilmente, se disgustó, se apartó de mi, se vistió de prisa y dijo desdeñosa:

—Para esto, pudo usted ahorrarme tanta molestia.

Me atreví a ofrecer la sortija que había comprado para ella, y oí decir con sequedad:

—¿Por quién me toma usted, caballero?

Me ruboricé hasta las orejas, confundido por tantas y tales humillaciones.

Y sin añadir media palabra, se fue.

A esto se redujo mi aventura. Pero lo peor, lo más triste del caso, es que me siento enamorado de aquella mujer, y desde entonces la deseo locamente.

No puedo ver a ninguna sin pensar en ella. Todas me desagradan si no se le parecen algo. No puedo besar una mejilla sin ver su mejilla junto a la que beso y sin padecer horriblemente con el ansia que me tortura.

Ella está presente, la veo en todas mis citas, y toma parte, amargándolos, en todos mis goces. La tengo siempre delante, vestida o desnuda, como si fuese mi verdadera querida. Está siempre junto a la que acaricio, en pie o echada, visible siempre y siempre inabordable. Y comienzo a sospechar si realmente sería una hechicera, y el manchón de la espalda su misterioso talismán.

¿Quién es? Lo ignoro. Dos veces más la he visto en la calle. No ha contestado a mi saludo: como si no me conociera. ¿Quién es? ¿De dónde? ¿Acaso asiática? ¿O judía de Oriente? Debe de ser judía. Tengo la preocupación de que será judía. ¿Por qué? Lo ignoro. ¿Por qué? No lo comprendo.

MAGNETISMO

Era al final de una cena de hombres, a la hora de los interminables cigarros y de las incesantes copitas, en medio del humo y el cálido torpor de las digestiones, en el ligero trastorno de las cabezas tras tanta comida y licores absorbidos y mezclados.

Se habló de magnetismo, de los espectáculos de Donato y de las experiencias del doctor Charcot. De pronto, aquellos hombres escépticos, amables, indiferentes a toda religión, se pusieron a contar hechos extraños, historias increíbles pero reales, afirmaban, cayendo bruscamente en creencias supersticiosas, aferrándose a ese último resto de lo maravilloso, convertidos en devotos de ese misterio del magnetismo, defendiéndolo en nombre de la ciencia.

Sólo uno sonreía, un muchacho vigoroso, gran perseguidor de muchachas y cazador de mujeres, cuya incredulidad hacia todo estaba tan fuertemente anclada en él que no admitía ni la más mínima discusión.

No dejaba de repetir, riendo burlonamente:

—¡Tonterías! ¡Tonterías! ¡Tonterías! No discutiremos de Donato, que es simplemente un hábil prestidigitador lleno de trucos. En cuanto al señor Charcot, del que se dice que es un notable sabio, me da la impresión de estos cuentistas tipo Edgar Poe, que terminan volviéndose locos a fuerza de reflexionar sobre extraños casos de locura. Ha constatado fenómenos nerviosos inexplicados y aún inexplicables, avanza por ese mundo desconocido que explora cada día, e incapaz de comprender lo que ve, recuerda quizá demasiado las explicaciones eclesiásticas de los misterios. Querría oír hablar de otras cosas completamente distintas de lo que todos ustedes repiten.

Hubo alrededor del incrédulo una especie de movimiento de piedad, como si hubiera blasfemado en medio de una reunión de monjes.

Uno de los reunidos exclamó:

—Sin embargo, hubo un tiempo en que se produjeron milagros.

Pero el otro respondió:

—Lo niego. ¿Por qué ya no los hay?

Entonces cada uno aportó un hecho, presentimientos fantásticos, comunicaciones de almas a través de grandes espacios, influencias secretas de un ser sobre otro. Y afirmaban su veracidad, declarándolos hechos indiscutibles, mientras el negador empedernido repetía:

—¡Tonterías! ¡Tonterías! ¡Tonterías!

Finalmente se levantó, arrojó su cigarro y, con las manos en los bolsillos, dijo:

—Bien, yo también voy a contarles dos historias, y luego se las explicaré. Aquí están:

»En el pequeño pueblo de Entretat, los hombres, todos marineros, van cada año al banco Terranova a pescar el bacalao. Una noche, el hijo pequeño de uno de esos marinos se despertó sobresaltado gritando que su «papá había muerto en el mar». Se calmó al pequeño, que al poco tiempo se despertó de nuevo gritando que «su papá se había ahogado». Un mes más tarde se supo que efectivamente su padre había muerto tras ser arrastrado por un golpe de mar. La viuda recordó entonces cómo se había despertado el niño. Se gritó milagro, todo el mundo se emocionó, se comprobaron las fechas, y se halló que el incidente y sueño coincidían más o menos; de ahí se llegó a la conclusión de que se habían producido la misma noche, a la misma hora. He aquí un misterio de magnetismo.

El narrador se interrumpió. Entonces uno de los oyentes, muy emocionado, preguntó:

—¿Y usted puede explicar eso?

—Perfectamente, señor, he hallado el secreto. El hecho me sorprendió e incluso me azaró vivamente; pero entienda, yo no creo por principio. Del mismo modo que los demás empiezan por creer, yo empiezo por dudar; y cuando no comprendo en absoluto, sigo negando toda comunicación telepática de las almas, seguro de que mi penetración sola es suficiente. Bien, busqué, busqué, y a fuerza de interrogar a todas las mujeres de los marinos ausentes, terminé por convencerme de que no pasaban ocho días sin que una de ellas o uno de sus hijos soñara y anunciara al despertar que su «papá había muerto en el mar». El horrible y constante temor de este accidente hace que se hable constantemente de él, que se piense en él sin cesar. Y, si una de estas frecuentes predicciones coincide, por un azar muy simple, con una muerte, se grita de inmediato milagro, ya que se olvida de pronto todos los demás sueños, todos los demás presagios, todas las demás profecías de desgracia que se han quedado sin confirmar. Yo, por mi parte, he tomado en consideración más de cincuenta de ellas cuyos autores, ocho días más tarde, ni siquiera las recordaban. Pero si el hombre había muerto realmente, el recuerdo se despertaba de inmediato, y se celebraba la intervención de Dios según algunos, del magnetismo según otros.

Uno de los fumadores declaró:

—Es justo lo que usted dice, pero veamos su segunda historia.

—¡Oh! Mi segunda historia es muy delicada de contar. Me ocurrió a mi personalmente, así que desconfío un poco de mi propia apreciación. Nunca se es equitativamente juez y parte. En fin, ahí va.

»En mis relaciones mundanas había una joven en la que yo no pensaba en absoluto, que nunca había observado atentamente, a la que jamás había echado el ojo encima, como se dice.

»La clasificaba entre las insignificantes, pese a que no era en absoluto fea; en fin, me parece que tenía unos ojos, una nariz, una boca, unos cabellos

indeterminados, toda una fisonomía apagada; era uno de esos seres en los cuales no se piensa más que por azar, sobre los cuales el deseo pasa de largo.

»Sin embargo, una noche, mientras escribía unas cartas en un rincón junto al fuego antes de meterme en la cama, sentí en medio de este aluvión de ideas, de esta procesión de imágenes que rozan tu cerebro cuando permaneces unos instantes sumido en la ensoñación, con la pluma en el aire, una especie de pequeño soplo que rozó mi espíritu, un muy ligero estremecimiento de mi corazón, e inmediatamente, sin razón alguna, si el menor encadenamiento de pensamientos lógicos, vi con claridad, vi como si la estuviera tocando, vi de pies a cabeza, y sin ningún velo, a esa joven en la que jamás había pensado más de tres segundos consecutivos, el tiempo que su nombre cruzaba mi cabeza. Y de pronto descubrí en ella un montón de cualidades que jamás había observado, un encanto dulce, una lánguida atracción despertó en mí esa especie de inquietud de amor que te hace perseguir a una mujer. Pero no pensé en ello demasiado tiempo. Me acosté, me dormí. Y soñé.

»Todos ustedes han tenido sueños singulares, ¿verdad?, que los convierten en dueños de lo imposible, que les abren puertas infranqueables, alegrías inesperadas, brazos impenetrables.

»¿Quién de nosotros, en estos sueños turbados, nerviosos, jadeantes, no ha tenido, abrazado, acariciado, poseído con una agudeza de sensaciones extraordinaria, a aquella que ocupaba su imaginación? ¡Y habrán observado qué delicias sobrehumanas aportan la buena fortuna de estos sueños! ¡En qué locas embriagueces nos arrojan, con qué fogosos espasmos nos conducen, y qué ternura infinita, acariciante, penetrante, infunden en el corazón hacia aquella que se tiene, desfallecida y cálida, en esa ilusión adorable y brutal que parece una realidad!

»Sentí todo esto con una inolvidable violencia. Aquella mujer fue mía, tan mía que la tibia dulzura de su piel quedó en mis dedos, el olor de su piel quedó en mi cerebro, el sabor de sus besos quedó en mis labios, el sonido de su voz quedó en mis oídos, el círculo de su abrazo alrededor de mis riñones, y el encanto ardiente de su ternura en toda mi persona, mucho tiempo después de mi exquisito y decepcionante despertar.

»Y tres veces más, aquella misma noche, el sueño se repitió.

»Llegado el día, ella me obsesionaba, me poseía, me llenaba la cabeza y los sentidos, hasta tal punto que no pasaba ni un segundo sin que pensara en ella.

»Finalmente, sin saber qué hacer, me vestí y fui a verla. En su escalera temblaba de emoción, mi corazón latía alocado: un vehemente deseo me invadía desde los pies hasta los cabellos.

»Entré. Ella se levantó, envarada, apenas oí pronunciar mi nombre; y de pronto nuestros ojos se cruzaron con una sorprendente fijeza. Me senté.

»Balbuceé algunas banalidades que ella no pareció escuchar. Yo no sabía ni qué hacer ni qué decir; entonces, bruscamente, me arrojé sobre ella, la aferré entre mis brazos; y todo mi sueño se hizo realidad tan aprisa, tan fácilmente,

tan locamente, que de pronto dudé de estar despierto... Ella fue mi amante durante dos años.

—¿Qué conclusión saca de esto? —preguntó una voz.

El narrador parecía dudar.

—Llego a la conclusión... ¡llego a la conclusión de una coincidencia, por Dios! Y además, ¿quién sabe? Quizá hubo una mirada de ella que jamás observé y que me llegó esa tarde por uno de estos misteriosos e inconscientes giros de la memoria que nos traen a menudo cosas olvidadas por nuestra consciencia, que nos han pasado desapercibidas delante de nuestra inteligencia.

—Todo lo que usted quiera— concluyó uno de los comensales—, ¡pero si no cree en el magnetismo después de esto, es usted un ingrato, mi querido señor!

APARICIÓN

Estábamos en un hotel de la calle de Grenelle, propiedad de uno de los amigos allí reunidos. Cada cual de nosotros había contado su historia, una historia que afirmaba ser verdadera.

El marqués de Tour-Samonél que no había hablado todavía, se levantó y fue a apoyarse en la chimenea. Era un anciano de ochenta y dos años de edad, de aspecto respetable y simpático. En medio del silencio que reinaba, dijo con voz algo temblorosa.

—Yo también sé una historia hasta tal punto extraña, que ha sido la obsesión de mi vida.

Hace más de cincuenta y seis años que me ocurrió la aventura que voy a contarles, y que no pasa un mes sin que sueñe con ella. Desde aquel día me ha quedado algo así como una marca, como una huella de miedo... ¿Comprendéis? Sí, durante diez minutos he experimentado un tan horrible espanto, que desde aquella hora me ha quedado en el alma una especie de terror constante. Los ruidos inesperados me hacen estremecer. Los objetos que distingo mal, las sombras de la noche me hacen sentir un deseo, una necesidad loca de escapar. En fin, que tengo miedo de noche como los niños.

¡Oh! Jamás hubiera confesado esto antes de llegar a la edad que tengo. Ahora ya puedo decirlo. A un hombre de ochenta y dos años le está permitido no ser valiente ante los peligros imaginarios. Frente a un peligro cierto, verdadero, no he retrocedido jamás, amigos míos.

Esta historia que vais a oír ha trastornado, de tal modo mi espíritu, ha arrojado en mí una turbación tan profunda, tan aterradora y tan misteriosa, que jamás he tenido valor para contarla. La he guardado en el fondo íntimo de mí mismo, en ese fondo donde se ocultan los secretos tristes y vergonzosos, todas las inconfesables debilidades que tenemos en nuestra existencia.

Voy a referiros la aventura tal como ocurrió, sin tratar de explicarla. Seguramente tiene explicación a menos que no haya tenido en mi vida aquella hora de locura. Pero no; no he estado loco y os daré de ello la prueba. Imaginad vosotros lo que queráis.

He aquí los hechos:

Era el mes de Julio de 1827 y yo me encontraba de guarnición en Rouen.

Un día que me paseaba por el muelle, me encontré frente a un hombre que creí reconocer, sin recordar con precisión quién era. Hice, por instinto, un movimiento para detenerme. Aquella persona notó el gesto, me miró y cayó en mis brazos.

Era un amigo de la niñez al que había querido mucho. Hacía cinco años que no le había visto y parecía haber envejecido medio siglo. Tenía el pelo completamente blanco y andaba encorvado como un anciano bajo el peso de los

años. Comprendió mi sorpresa y me contó su vida. Una terrible desgracia la había destrozado.

Locamente enamorado de una muchacha se había casado con ella en una especie de éxtasis de felicidad. Después de un año de dicha sobrehumana y de pasión desenfrenada murió repentinamente de una enfermedad del corazón, herida tal vez por la intensidad misma de su amor.

Mi amigo abandonó su quinta el día mismo del entierro y había venido a habitar su hotel en Rouen. Allí vivía solitario y desesperado; roído por el dolor, y tan mísero y triste que sólo pensaba en el suicidio.

Puesto que he tenido la suerte de encontrarte, me dijo, voy a rogarte que me hagas un gran servicio, que es el de ir a la quinta y buscar en la mesa de mi cuarto, de nuestro cuarto, unos papeles de los que tengo urgente necesidad. No puedo encargarme de ese cuidado a un subalterno o a otra persona cualquiera, porque necesito llevar este asunto con una discreción y un silencio absoluto. En cuanto a mí, por nada del mundo entraría en aquella casa.

Te daré la llave de esa habitación que yo mismo cerraré al partir, y la de mi mesa. Mi jardinero, para el que te daré una carta, te franqueará la entrada de la quinta.

Pero ven a almorzar conmigo mañana y hablaremos de este asunto.

Prometí hacerle aquel ligero favor. Después de todo no se trataba para mí sino de un paseo a caballo, pues su dominio se encontraba situado a cinco leguas de Rouen, aproximadamente.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, fui a su casa. Durante el almuerzo mi amigo apenas pronunció veinte palabras. Me rogó que le dispensara: el pensamiento de la visita que yo iba a hacer en aquella habitación, donde yacía su felicidad, le trastornaba, según me dijo. Me pareció, en efecto, agitado, preocupado, como si se estuviera riñendo en su alma un misterioso combate.

Al fin me explicó exactamente lo que tenía que hacer. Era bien sencillo. Debería recoger dos paquetes de cartas, encerradas en el primer cajón de la derecha del mueble, cuya llave me entregó.

—No necesito rogarte que no las leas, añadió.

Me sentí casi ofendido por aquellas palabras y se lo hice comprender algo vivamente. Mi amigo balbuceó:

—Perdóname ¡Sufro tanto!

¡Y se echó a llorar!

A la una de la tarde me separé de él para ir a cumplir mi misión.

Hacía un tiempo espléndido y marchaba al trote largo a través de los prados, escuchando el canto de las alondras y el ruido rítmico de mi sable sobre la bota.

Al entrar en el bosque puse mi caballo al paso. Las ramas de los árboles me acariciaban la cara; y a veces cogía con los dientes una hoja y la mascaba ávidamente poseído de una de esas alegrías de vivir que le llenan a uno, sin

saber por qué, de una felicidad tumultuosa y como impalpable de una especie de borrachera de fuerza.

Al aproximarme a la quinta, busqué en mi bolsillo la carta para el jardinero y vi con extrañeza que el sobre estaba cerrado. De tal modo me sorprendió y me irritó aquel detalle, que estuve a punto de volver sin cumplir mi comisión. Pero se me ocurrió que iba a demostrar una susceptibilidad de mal gusto. Mi amigo, en la turbación en que se encontraba, podía muy bien haber cerrado la carta, sin darse cuenta.

La finca parecía abandonada desde hacía más de veinte años. La empalizada abierta y podrida se conservaba milagrosamente en pie. La hierba llenaba los paseos; no se distinguían las plantabandas de césped.

Al ruido que hice pegando con el pie en un gallinero, salió un hombre por una puerta situada a un lado de la casa y pareció estupefacto al verme. Salté a tierra y le entregué mi carta; la leyó, la releyó, la volvió a leer, me miró por encima del papel, y metiéndose al fin la carta en el bolsillo, me dijo:

—¡Y bien! ¿qué es lo que usted desea?

Yo contesté bruscamente:

—Ya debe usted saberlo puesto que en la carta recibe usted las órdenes de su amo: quiero entrar en la casa.

El hombre pareció aterrado y balbuceó:

—¿De modo que va usted a... a su cuarto?

Yo empezaba a impacientarme.

—¡Por vida de!... ¿Va usted ahora a interrogarme? ¡A usted qué le importa?

—No, caballero., pero es que... es que esa habitación no ha sido abierta desde... desde la.. la la muerte. Si quiere usted esperarme cinco minutos, voy a ver..., a ver si...

Yo le interrumpí con cólera.

—¿Cómo es eso?... ¿Se está usted burlando de mí? No puede usted entrar en ese cuarto, puesto que tengo yo la llave.

El jardinero no sabía qué decir.

—Entonces, caballero, voy a enseñarle a usted el camino.

—Enséñeme usted la escalera y déjeme usted solo: yo encontraré la habitación que busco.

—Pero..., señor..., sin embargo...

No pudiendo contenerme más tiempo le aparté bruscamente y penetré en la casa.

Atravesé primero la cocina, luego dos piecitas que el jardinero habitaba con su mujer; franqueé después un gran vestíbulo, subí la escalera y reconocí la puerta indicada por mi amigo.

La abrí sin trabajo y entré.

La habitación estaba tan oscura que no distinguí nada al principio. Me detuve sobrecogido por ese olor particular entre moho y polvo de las piezas deshabitadas y condenadas de las habitaciones muertas.

Poco a poco mis ojos se habituaron a la oscuridad, y vi con bastante precisión una gran pieza en desorden, una cama sin sábana, pero conservando los colchones y las almohadas, sobre una de las cuales se veía la huella profunda de un codo o de una cabeza, como si acabaran de colocarse encima.

Dos o tres sillas estaban caídas en el suelo; y noté que una puerta, la de un armario sin duda, había permanecido entreabierta.

Con objeto de dar más luz fui a la ventana y la abrí. Pero la falleba de la persiana estaba tan enmohecida que no logré hacerla ceder.

Traté de romperla con el sable, sin conseguirlo. Comenzaba a irritarme por aquellos inútiles esfuerzos, y como mis ojos se habían acostumbrado al fin perfectamente a la oscuridad, renuncié a la esperanza de ver más claro y me dirigí a la mesa.

Me senté y abrí el cajón indicado. Estaba lleno hasta los bordes. Yo solo necesitaba tres paquetes que sabía cómo reconocer y me puse a buscarlos.

Estaba haciendo esfuerzos por descifrar los sobrescritos, cuando me pareció oír, o, mejor dicho, sentir un rozamiento detrás de mí. No le di importancia pensando que una corriente de aire habría movido alguna tela o alguna cortina. Pero al cabo de un minuto, otro movimiento, casi indistinto, me hizo sentir sobre la piel un singular, ligero y desagradable estremecimiento. Era tan tonto, tan pueril sentir la insignificante emoción, que, por pudor a mí mismo, no quise volver la cabeza. Acababa de encontrar el segundo de los paquetes que buscaba y había descubierto ya el tercero, cuando un penoso y profundo suspiro lanzado sobre mi hombro me hizo dar un salto a dos metros de distancia. En mi ímpetu me había vuelto la mano en la empuñadura de mi sable, y ciertamente si no lo hubiera encontrado a mi lado, hubiese huido como un cobarde.

Una mujer alta, vestida de blanco, me miraba de pie delante del sillón donde yo estaba sentado un segundo antes.

Sentí agitados mis miembros por un estremecimiento tal que estuve a punto de caer redondo al suelo. ¡Oh! nadie puede comprender, a menos de haberlos experimentado, esos espantosos y estúpidos terrores. El alma se hunde, no se siente el corazón; el cuerpo entero se pone flojo, flácido, blando como una esponja: se diría que todo el interior se derrumba...

Yo no creo en los fantasmas; pues bien, me he sentido desfallecer de miedo hacia los muertos; y he sufrido, ¡oh! sí, sufrido en pocos instantes más que en todo el resto de mi vida, con la irresistible angustia de los espantos sobrenaturales. Si aquella mujer no hubiera hablado, me hubiese muerto quizá. Pero habló: habló con una voz dulce y dolorosa que hacía vibrar los nervios. No osaré decir que me hice dueño de mí y recobré la razón. No. Estaba aturdido, enloquecido, hasta el extremo de no saber lo que hacía; pero esa especie de

íntimo orgullo que tengo dentro de mí, tal vez debido a mi oficio de soldado, me hizo, casi a pesar mío mostrar un continente sereno. Afectaba tranquilidad por mí y por ella, sin duda; por ella, cualquiera que fuese: mujer o espectro. Yo me di cuenta de todo esto más tarde, porque os aseguro que en el instante de la aparición no pensaba en nada. Tenía miedo, sencillamente.

Ella dijo:

—¡Oh, caballero, usted puede hacerme un gran favor!

Quise responder, pero me fue imposible pronunciar una palabra. Un ruido vago salió de mi garganta.

La aparición continuó:

—¿Quiere usted? ¡Puede curarme, salvarme ¡Sufro horribilmente! ¡Sí, sufro mucho, mucho!

Y se sentó suavemente en mi sillón, siempre mirándome.

—¿Quiere usted? —repitió.

Yo dije: —¡Sí!— con la cabeza, porque tenía la voz paralizada.

Entonces me mostró un peine de concha y murmuró:

—¡Péineme usted, ¡oh!, péineme usted; eso me aliviará; me curará; es necesario que me peinen.

Mire usted mi cabeza... ¡Cuánto sufro; y mis cabellos qué daño me hacen!

Sus cabellos sueltos, muy largos, muy negros pendían por encima del respaldo del sillón y tocaban al suelo.

¿Por qué hice aquello? ¿Por qué recibí, estremecido, aquel peine y por qué tomé en mis manos aquellos largos cabellos que me produjeron en la piel una atroz sensación de frío como si hubiese manejado serpientes?

No lo sé...

¡Esa sensación la conservo en los dedos y me estremezco sólo al recordarla!

La peiné, yo no sé cómo; manejé aquella cabellera de hielo. La retorcí, la anudé, la trencé como se trenza la crin de un caballo... Ella suspiraba, movía la cabeza, parecía contenta... dichosa.

De pronto me dijo: —¡Gracias!—me arrancó el peine de las manos y huyó por la puerta que yo había visto entreabierta.

Quedé solo, y, durante algunos segundos, experimenté esa turbación, esa especie de asombro que se siente al despertar después de una pesadilla. Poco a poco fui recobrando el sentido; corrí a la ventana y rompí la persiana con mi furioso empuje.

La luz entró de lleno en la estancia. Me lancé sobre la puerta por donde aquel ser extraño había desaparecido. La encontré cerrada e inquebrantable.

Entonces me invadió la fiebre de la huida, un pánico, el verdadero pánico de las batallas. Cogí precipitadamente los tres paquetes de cartas sobre la mesa, cuyos cajones habían quedado abiertos; atravesé la habitación corriendo, bajé cuatro a cuatro los escalones y no sé cómo ni por dónde me encontré fuera. A diez pasos de distancia vi mi caballo... corría hacia él, monté y partí a galope.

No detuve la velocidad de mi marcha hasta llegar a Rouen, delante de mi casa.

Di las bridas a mi ordenanza y subí a escape a mi cuarto, donde me encerré para reflexionar.

Durante una hora me pregunté ansiosamente si no había sido el juguete de una alucinación. Seguramente he sufrido uno de esos enloquecimientos del cerebro que hacen creer en lo sobrenatural.

Iba ya a suponer todo lo pasado una quimera, una ilusión de mis sentidos, cuando me aproximé a la ventana. Mis ojos por casualidad descendieron sobre mi pecho. ¡Tenía lleno el dolman de cabellos de mujer largos y negros que se habían enredado en los botones!

Los cogí uno a uno y los fui arrojando a la calle con mis temblorosos dedos.

Después llamé a mi ordenanza. Me sentía demasiado turbado y emocionado para ir el mismo día a casa de mi amigo. Además, necesitaba reflexionar profundamente en la conversación que con él tendría.

Le envié, pues, sus cartas de las cuales entregó un recibo al soldado, al que preguntó con mucho interés por mí. Cuando mi ordenanza le dije que estaba algo enfermo a causa del sol que había tomado en el camino, pareció inquietarse.

Al siguiente día, apenas rayando el sol, fui a su casa resuelto a contarle todo lo sucedido. No le encontré. Según me dijeron había salido la víspera y no habla vuelto. Volví por la tarde. Nadie le había visto. Esperé una semana. No apareció. Entonces me decidí a dar parte a la policía. Se le buscó por todos lados sin descubrir una huella de su paso.

Se practicó un minucioso registro en la quinta abandonada. No se descubrió nada sospechoso.

Ningún indicio reveló que allí hubiera estado oculta una mujer.

La investigación judicial no dio resultado alguno y nadie se volvió a ocupar del asunto.

Y desde hace cincuenta y seis años no he tenido noticia de todo aquello. No sé más.

¿EL?

Amigo mío, ¿no lo comprendes? Lo creo. ¿Piensas que me volví loco? Tal vez sí estoy algo loco, pero no por la causa que imaginaste.

Sí. Me caso. Ahí tienes.

Y, sin embargo, mis ideas y mis convicciones, ahora como siempre, son las mismas. Considero estúpida la unión legal de un hombre y de una mujer. Estoy seguro de que un ochenta por ciento de los maridos han de ser engañados. Y no merecen otra cosa, por haber cometido la idiotez de ligar a otra vida la suya, renunciando al amor libre, lo único hermoso y alegre que hay en el mundo, y de cortar las alas a la fantasía que nos impulsa constantemente hacia todas las hembras agradables, etc. Como nunca, me siento incapaz de consagrarme a una sola mujer, porque me gustarán siempre todas las mujeres bonitas. Quisiera tener mil brazos, mil bocas, mil., temperamentos, para poder gozar a un tiempo a una muchedumbre de criaturas femeninas.

Y, sin embargo, me caso.

Añade que apenas conozco a mi futura esposa. La he visto nada más tres o cuatro veces. No me disgusta, y esto basta para mis propósitos. Es bajita, rubia y regordeta. En cuanto sea ya su marido, comenzaré a desear una morena delgada y alta.

No es rica. Pertenece a una familia modesta en todos los conceptos. Mi futura es una muchacha, como las hay a millares, útiles para el matrimonio, sin virtudes ni defectos aparentes.

Ahora la juzgan bonita; cuando esté casada la juzgarán encantadora. Pertenece al ejército de muchachas que pueden hacer la dicha de un hombre..., mientras el marido no repara que prefiere a su elegida cualquiera de las otras.

Ya oigo tu pregunta

¿Por qué te casas?

Apenas me atrevo a confesar el motivo que me impulsado a una resolución tan estúpida.

¡Me caso por no estar solo!

No sé cómo decírtelo, cómo hacértelo comprender. Me compadecerás, despreciándome al mismo tiempo; llegué a una miseria moral inconcebible.

Estar sólo de noche, me angustia. Quiero sentir cerca de mí, junto a mí, un ser que pueda responderme si hablo; que me diga cualquier cosa.

Quiero alguien que respire a mi lado; poder interrumpir su dulce sueño de pronto, con una pregunta cualquiera, una pregunta imbécil, hecha sin más objeto que oír otra voz, despertar una conciencia; un cerebro que funcione; ver, encendiendo bruscamente mi bujía, un rostro humano junto a mí; porque..., porque..., porque...; me averguenza confesarlo!..., solo, ¡tengo miedo!

¡Ah! Tú no me comprendes aún.

No temo peligros, ni sorpresas. Te aseguro que si en mi alcoba entrara un hombre, le mataría tranquilamente. Tampoco me infunden temor los aparecidos; no creo en lo sobrenatural. Nunca tuve temor a los muertos; al morir, cada persona se aniquila para siempre.

Ya pesar de todo..., ¡claro!..., a pesar de todo, tengo miedo..., ¡miedo de mí mismo!... Tengo miedo al miedo; me infunden miedo las perturbaciones de mi espíritu. Me asusta la horrible sensación del terror incomprensible.

Ríete de mí si te place. Sufro sin remedio. Me hacen temer las paredes, los muebles, los objetos más triviales que se animan contra mí. Sobre todo, temo los extravíos de mi razón, que se confunde y desfallece acosada por una indescifrable y tenue angustia.

Comienzo por sentir una vaga inquietud que atormenta mi alma y al fin me produce un escalofrío. Vuelvo la vista en torno y no descubro nada que pueda causarme terror. Yo quisiera encontrar algo que lo motivase. ¿Qué? Algo sensible, corpóreo. Pero ¡ay!, lo que más aumenta mi terror es que no hallo su causa.

Si hablo, mi voz me asusta. Si paseo por la estancia, temo tropezar con lo desconocido que se oculta detrás de la puerta, entre la cortina, en el armario, bajo la cama. Y, sin embargo, tengo la certeza de que mi temor es infundado.

Doy media vuelta con brusquedad, temeroso de lo que tengo a la espalda. Y estoy seguro de que no hay nada temible.

Me agito; mi espanto aumenta; cierro con llave mi habitación. Me hundo entre las ropas de mi lecho, haciéndome un caracol; cierro los ojos obstinadamente y permanezco en semejante postura un tiempo indefinido; reflexionando que la bujía sigue ardiendo y que será indispensable apagarla. Ni siquiera me atrevo a moverme.

¿No es horrible vivir así?

Antes, no me preocupaban esas cosas. Entraba en mi habitación tranquilamente. Iba y venía sin que nada turbase mi serenidad. ¡No me hubiera reído poco si alguien me pronosticara que una dolencia de miedo inverosímil, estúpido y terrible me sobrecogería con el tiempo! Entonces no me asustaba poco ni mucho abrir las puertas en la oscuridad, ni acostarme tranquilamente sin echar los cerrojos, y nunca tuve que levantarme a medianoche para convencerme de que todas las aberturas de mi cuarto estaban herméticamente cerradas.

Mi dolencia lastimosa dio comienzo hace un año de un modo especial.

Era en otoño y en una noche húmeda. Cuando se hubo ido mi asistenta, después de servirme la comida, me puse a pensar qué haría yo. Así pasé una hora dando vueltas por mi estancia. Me sentía fatigado, abatido sin causa, impotente para trabajar, sin deseo de coger siquiera un libro para entretenerme.

Una lluvia menuda golpeaba en los cristales; me invadió la tristeza, una tristeza, inexplicable, unas ganas de llorar, un desasosiego verdaderamente invencible.

Me sentía solo, abandonado; mi casa me pareció silenciosa como nunca. Envolvíame una soledad inmensa y desconsoladora. ¿Qué hacer? Me senté; pero una impaciencia nerviosa me hormigueaba en las piernas. Levantándome, volví a pasear. Es posible que tuviera un poco de fiebre; notaba que mis manos cogidas a la espalda, en una posición frecuente cuando se pasea despacio y solo, abrasábanse una contra otra. De pronto, un escalofrío estremeció todo mi cuerpo. Creí que la humedad exterior penetraba, y me puse a encender la chimenea, que no había encendido aún aquel otoño. Me senté, contemplando las llamas. Pero en seguida tuve que levantarme; no podía estar quieto y sentí deseos de salir, de moverme, de hablar con alguien.

Fui a casa de tres amigos; no encontré a ninguno y encaminéme hacia el bulevar, ansioso de ver alguna cara conocida.

Todo estaba triste. Las aceras mojadas relucían. Una tibieza de lluvia, una de esas tibiezas que producen estremecimientos crispadores, una tibieza pesada, una humedad impalpable, oscureciendo la luz de los faroles de gas, lo envolvía todo.

Yo avanzaba con paso inseguro, repitiéndome:

“No encontraré a nadie con quien hablar”.

Asomándome a los cafés, recorriendo la Magdalena, sólo vi personas tristes, hombres abatidos, como si les faltaran fuerzas para levantar las copas y las tazas que tenían delante.

Así anduve mucho tiempo, errante, y a medianoche tomé la dirección de mi casa, tranquilo, pero fatigado. El portero, que se acuesta siempre antes de las once, no me hizo esperar en la calle, contra su costumbre. Y me dije: “Acabará de abrir la puerta para otro vecino”.

Siempre que salgo de casa, doy las dos vueltas a la llave. Me sorprendió que sólo estaba echado el picaporte, y supuse que habría entrado el portero para dejarme alguna carta sobre la mesa.

Entré. Aún estaba encendida la chimenea; los resplandores del fuego esparcían alguna claridad por la estancia. Acerquéme para encender una luz y vi a un hombre que sentado en mi sillón se calentaba los pies, mostrándome su espalda. No sentí miedo. ¡Ah, ni la más insignificante zozobra! Una suposición muy verosímil cruzó mi pensamiento; supuse que alguno de mis amigos fue a verme, y el portero le hizo entrar para que me aguardara. Y de pronto recordé su prontitud en abrirme la puerta de la calle y la circunstancia de hallarme la de mi cuarto cerrada sólo con picaporte.

Mi amigo dormía profundamente. Un brazo colgaba fuera del sillón y tenía las piernas una sobre otra. Su cabeza, inclinándose, indicaba un sueño tranquilo. Entonces me pregunté: “¿Quién será?”. Y cuando puse la mano en su hombro..., el sillón estaba ya vacío. No vi a nadie.

¡Qué sobresalto! ¡Misericordia!

Retrocedí, como si un peligro espantoso me amenazara.

Luego, dando media vuelta en redondo, cercioréme de que tampoco había nadie a mi espalda. Un ansia irresistible me arrastró hacia el sillón vacío. Y estuve en pie, angustioso, jadeante, horrorizado, a punto de caer al suelo, desvanecido.

Pero soy hombre sereno y al pronto recobre mi sangre fría. Me dije: “Acabo de padecer una desagradable alucinación. Todo se reduce a eso”. Y reflexioné inmediatamente acerca de semejante fenómeno. El pensamiento vuela en tales circunstancias.

Que todo fue alucinación, era seguro. Pero mi espíritu no se había turbado, mi juicio funcionaba mientras la sufría natural y lógicamente; luego no hubo desarreglo cerebral. Solamente se habían engañado mis ojos, y su engaño fue origen del error mental. Habían padecido los ojos un extravío, una de las aberraciones visuales que parecen milagrosas a las gentes incultas. Era un poco de congestión, acaso.

Encendí la bujía, y al acercar la mano al fuego, sacudióla un temblor, y me incorporé rápidamente, como si alguien me hubiera tocado por la espalda.

Sentía inquietud...

Anduve de una parte a otra, diciendo algunas frases, para oírme; canté a media voz.

Luego cerré la puerta con llave, y esto me tranquilizó algo. Nadie podía entrar por sorpresa.

Sentado, reflexioné las circunstancias de mi aventura; después me fui a la cama y apagué la luz.

Al principio nada hubo de particular. Estuve tumbado tranquilamente. Luego sentí ansia de mirar en torno y me apoyé sobre un costado.

En la chimenea sólo había ya dos o tres brasas; lo suficiente para permitirme ver con sus difusos reflejos las patas del sillón, y me pareció que había vuelto a sentarse un hombre.

Encendí una cerilla con rapidez. Me había equivocado. No vi a nadie.

Sin embargo, me levanté, arrastrando el sillón hasta la cabecera de mi cama.

Volviendo a quedarme a oscuras, procuré descansar. Acababa de dormirme cuando se me apareció, en sueños, pero tan claro como si lo viera en realidad el hombre sentado junto a la chimenea. Despertando con angustia, encendí la luz, y me quedé sentado en la cama sin atreverme a cerrar los ojos.

Dos veces me venció el sueño, a mi pesar; dos veces el fenómeno se reprodujo. Creí volverme loco.

Al amanecer, la claridad me tranquilizó y dormí sosegado hasta el mediodía.

Todo había concluido. Fue una fiebre, una pesadilla, ¿quién sabe? Sin duda estuve algo enfermo. Sólo sentí al despertar mi cerebro atontado.

Pasé alegremente aquel día; comí en el restaurante; fui al teatro; luego, me dispuse a retirarme. Pero, camino de mi casa, una inquietud angustiosa me

sobrecogió. Temí encontrarle; no porque me infundiera miedo verle, no porque imaginara real su presencia; temía sentir de nuevo el extravío de mis ojos, mi alucinación, miedo al espanto sin causa.

Durante más de una hora, estuve arriba y abajo por mi calle hasta que juzgando imbécil mi temor, entré al fin en casa. Iba temblando hasta el punto de que me fue difícil subir la escalera. Estuve diez minutos en el descansillo, hasta que tuve un momento de serenidad y abrí. Entré con una bujía en la mano, di un puntapié a la puerta de mi alcoba, y mirando ansiosamente hacia la chimenea, no vi a nadie.

¡Qué gusto! ¡Qué alegría! ¡Qué fortuna! Iba de un lado a otro, decidido; pero no estaba satisfecho; de pronto, volvía la cabeza, sobresaltado; cualquier sombra me hacía temer.

Dormí poco y mal, despertándome, con frecuencia ruidos imaginarios. Pero no le vi; no apareció. Desde aquel día, todas las noches el miedo me acosa. Le adivino, cerca de mí, detrás de mí. No se presenta, pero me hace temer. Y ¿por qué temo, si no ignoro que fue alucinación, que no existe, qué no es nada?

Sin embargo, temo, y me obsesiono. “Un brazo colgaba fuera del sillón y tenía las piernas una sobre otra”. ¡Basta! ¡Basta! ¡Es insufrible! ¡No quiero pensar y no se aparta de mi pensamiento!

¿Qué significa esa obsesión? ¿Por qué persiste? ¡Veo sus pies junto al fuego!

Me acobardo; es una locura; pero el caso es que me acobardo. ¿Quién es? ¡Ya sé que no existe, que no es nadie! Sólo existe como imagen de mi angustia, de mi desasosiego, de mis temores. ¡Basta, basta!

Si, por mucho que razono, por más que me lo explico, no puedo estar solo en mi casa. El no se aparece, pero me domina. No vuelve. Todo acabó. Pero sufro como si volviera. Invisible para mis ojos, ahora se clava en mi pensamiento. Le adivino detrás de las puertas, dentro del armario, debajo de la cama, en todos los rincones, en cada sombra, entre la oscuridad... Si me acerco a la puerta, si abro el armario, si miro debajo de la cama, si aproximo una luz a los rincones, huye con la oscuridad: nunca se presenta. Quedo convencido, no se presenta, no existe, y, sin embargo, me obsesiona.

Es imbécil y horrible. ¿Qué puedo hacer? ¡Nada!

Si alguien estuviera conmigo, él no me turbaría. Turba mi soledad; le temo, porque la soledad me acongoja.

¿UN LOCO?

Me dijeron: —¿Sabe que Jacques Parent ha muerto loco en un sanatorio psiquiátrico? —y un escalofrío doloroso, un escalofrío de miedo y de angustia me corrió a lo largo de los huesos; y volví a verle bruscamente, aquel gran mozo extraño, loco desde hacía mucho quizás, maníaco inquietante, y hasta espantoso.

Era un hombre de cuarenta años, alto, flaco, un poco encorvado, con ojos de alucinado, ojos negros, tan negros que no se distinguía la pupila, ojos móviles, merodeantes, enfermos, atormentados. ¡Qué ser tan singular, turbador, que producía, que arrojaba un malestar a su alrededor, un malestar vago, del alma, del cuerpo, una de esas alteraciones incomprensibles que hacen creer en influencias sobrenaturales!

Tenía un tic molesto: la manía de esconder las manos. Casi nunca las dejaba errar, como hacemos todos, sobre los objetos, sobre las mesas. Nunca manejaba las cosas que andaban rodando fuera de su sitio con ese gesto familiar que tenemos casi todos los hombres. Nunca dejaba desnudas sus largas manos huesudas, finas, un poco febriles.

Las hundía en sus bolsillos, y cuando cruzaba los brazos, bajo las axilas. Parecía que tenía miedo a que hicieran, a pesar suyo, alguna faena prohibida, a que realizaran alguna acción vergonzosa o ridícula si las dejaba libres y dueñas de sus movimientos.

Cuando estaba obligado a utilizarlas para los usos habituales de la vida, lo hacía con tirones bruscos, con impulsos rápidos del brazo, como si no hubiera querido dejarles el tiempo de actuar por ellas mismas, de negarse a su voluntad, de ejecutar otra cosa. En la mesa, cogía su vaso, su tenedor o su cuchillo tan vivamente que nunca se tenía tiempo para prever lo que quería hacer antes de que lo realizara.

Sin embargo, una noche entendí la clave de la sorprendente enfermedad de su alma.

Venía de vez en cuando a pasar unos días a mi casa, en el campo, y ¡esa noche me pareció que estaba especialmente agitado!

Una tormenta se estaba formando en el cielo, sofocante y negro, después de un día de calor atroz. Ningún soplo de aire movía las hojas. Un vapor caliente de horno pasaba por los rostros, hacía jadear el pecho. Me sentía a disgusto, agitado, y quise irme a la cama.

Cuando me vio levantarme para retirarme, Jacques Parent me cogió del brazo con gesto espantado.

—¡Oh, no! Quédate un poco más —me dijo.

Le miré con sorpresa y murmuré: —Es que esta tormenta me pone nervioso.

Gimió, o más bien gritó: —¡Pues mira que a mí! ¡Oh, quédate, te lo ruego! No quisiera quedarme solo.

Parecía estar enloquecido.

Dije: —¿Oué te pasa? ¿Estás perdiendo la cabeza?

—Sí, a ratos, las noches como ésta, las noches con electricidad..., tengo... tengo.... tengo miedo., tengo miedo de mí mismo... ¿no me entiendes? Es que estoy dotado de un poder... no... de una potencia... no... de una fuerza... ¡En fin, no sé decir lo que es, pero tengo en mí una acción magnética tan extraordinaria que tengo miedo, sí, tengo miedo de mí mismo, como te decía hace un rato!

Y escondía, con escalofríos enloquecidos, sus manos vibrantes bajo las solapas de su chaqueta. Y yo mismo, de pronto, noté que me echaba a temblar debido a un temor confuso potente, horrible. Tenía ganas de irme, de escaparme, de no verle más, de no ver más cómo sus ojos errantes pasaban sobre mí, y luego huían, daban vueltas alrededor del techo, buscaban algún rincón oscuro del cuarto para fijarse en él, como si también quisiera esconder su mirada temible.

Balbuocé: —¡Nunca me habías dicho esto!

Prosiguió: —¿Acaso lo hablo con alguien? Mira, atiende, esta noche no puedo callarme. Y prefiero que lo sepas todo; además, podrás socorrerme.

»¡El magnetismo! ¿Sabes lo que es? No. Nadie lo sabe. Sin embargo se comprueba que existe. Está reconocido, los propios médicos lo practican; uno de los más ilustres, el señor Charcot, lo ejerce; por lo que no hay duda, existe.

»Un hombre, un ser tiene el poder, pavoroso e incomprensible, de dormir, con la fuerza de su voluntad, a otro ser; y, mientras está durmiendo, de robarle su pensamiento como se robaría una bolsa. ¡Le roba su pensamiento, es decir su alma, el alma, ese santuario, ese secreto del Yo! El alma, ese fondo del hombre que creíamos impenetrable; el alma, ese asilo de ideas inconfesadas, de todo lo que escondemos, de todo lo que amamos, de todo lo que queremos ocultar a todos los humanos, ¡la abre, la viola, la expone, la arroja al público! ¿No es atroz, criminal, infame?

»¿Por qué, cómo se explica? ¿Lo sabemos? ¿Pero qué sabemos?

»Todo es misterio. Sólo nos comunicamos con las cosas a través de nuestros miserables sentidos, incompletos, lisiados, tan débiles que no tienen apenas el poder de constatar lo que nos rodea. Todo es misterio. Piensa en la música, ese arte divino, ese arte que conmueve el alma, la arrebatada, la embriaga, la enloquece, pero ¿qué es? Nada.

»¿No me entiendes? Escucha. Dos cuerpos se chocan. El aire vibra. Esas vibraciones son más o menos numerosas, más o menos rápidas, más o menos fuertes, según la naturaleza del choque. Ahora bien, tenemos en el oído una pequeña piel que recibe esas vibraciones del aire y las transmite al cerebro en forma de sonido. Imagina que un vaso de agua se convierte en vino en tu boca. El tímpano realiza esa increíble metamorfosis, ese sorprendente milagro de cambiar el movimiento en sonido. Eso es.

»Por eso la música, ese arte complejo y misterioso, preciso como el álgebra y vago como un sueño, ese arte hecho de matemáticas y de brisa, no viene sino de la extraña propiedad de una pequeña piel. Si no existiera esa piel, el sonido tampoco existiría, ya que en sí mismo no es sino una vibración. ¿Adivinaríamos la música sin el oído? No. ¡Pues bien!, estamos rodeados por cosas que nunca sospecharemos, porque nos faltan los órganos que nos las podrían revelar.

»Quizás el magnetismo sea uno de ellos. No podemos sino presentir ese poder, sino intentar temblando esa vecindad de los espíritus, sino entrever ese nuevo secreto de la naturaleza, porque no tenemos en nosotros el instrumento revelador.

»En cuanto a mí... En cuanto a mí, estoy dotado de un poder horroroso. Es como si tuviera a otro ser encerrado dentro de mí, un ser que constantemente quiere escapar, actuar a pesar mío, que se agita, me roe, me agota. ¿Quién es? No lo sé, pero estamos dos en mi pobre cuerpo, y es él, el otro, quien a menudo es el más fuerte, como esta noche.

»No tengo más que mirar a la gente para dejarla embotada como si le hubiera dado opio. No tengo más que extender las manos para producir cosas..., cosas... terribles. Si supieras... Sí, si supieras... Mi poder no afecta sólo a los hombres, sino también a los animales e incluso..., a los objetos...

»Esto me tortura y me espanta. A menudo he sentido ganas de saltarme los ojos y cortarme las muñecas.

»Pero voy a... quiero que lo sepas todo. Toma. Voy a demostrártelo .. no con criaturas humanas, es lo que se suele hacer por todas partes, sino con..., con..., animales.

»Llama a Mirza.

Andaba con pasos grandes de alucinado, y sacó las manos que llevaba escondidas en el pecho. Me parecieron espantosas, como si hubiera desenvainado dos espadas.

Y le obedecí maquinalmente, subyugado, vibrando de terror y devorado por una especie de deseo impetuoso de ver. Abrí la puerta y silbé a mi perra que dormía en el vestíbulo. Inmediatamente oí el ruido precipitado de sus uñas sobre los peldaños de la escalera, y apareció alegre, moviendo la cola.

Luego, con una señal, la mandé tumbarse en un sillón; saltó encima de él, y Jacques se puso a acariciarla mientras la miraba.

Primero, pareció preocupada; se estremecía, volvía la cabeza para evitar la mirada fija del hombre, parecía ser presa de un temor creciente. De repente, empezó a temblar, como tiemblan los perros. Todo su cuerpo palpitaba, sacudido por largos escalofríos, y quiso escaparse. Pero él puso la mano sobre la cabeza del animal, que bajo ese contacto dio uno de esos largos aullidos que se oyen, por la noche, en el campo.

Yo mismo me sentía embotado, aturdido, como estamos cuando nos subimos a un barco. Veía inclinarse los muebles, moverse las paredes. Balbuceé:

«Basta, Jacques, basta.» Pero ya no me escuchaba, miraba a Mirza continua y espantosamente. Ella ahora cerraba los ojos y dejaba caer su cabeza como hacemos al dormirnos. Él se volvió hacia mí.

—Ya está hecho —dijo—. Ahora, mira.

Y tirando su pañuelo al otro extremo de la habitación, gritó: —¡Tráelo!

Entonces el animal se levantó, y tambaleándose, tropezando como si fuera ciego, moviendo las patas como los paralíticos mueven sus piernas, se fue hacia el pañuelo que hacía una mancha blanca contra la pared. Intentó varias veces cogerlo con la boca, pero mordía al lado como si no lo viera. Finalmente lo cogió, y volvió con el mismo paso tambaleante de perro sonámbulo.

Era aterrador ver aquel espectáculo. Jacques ordenó: —Tumbate. —Mirza se tumbó. Entonces, tocándole la frente, dijo: —Una liebre, ¡cógela, cógela! —Y el animal, que seguía de costado, intentó correr, se agitó como lo hacen los perros que sueñan, y dio, sin abrir la boca, pequeños ladridos extraños, ladridos de ventrílocuo.

Jacques parecía haberse vuelto loco. El sudor le corría por la frente. Gritó: —Muérdele, muerde a tu amo. —Mirza tuvo dos o tres sobresaltos terribles. Parecía resistirse, luchar. Él repitió: —Muérdele. —Entonces, levantándose, mi perra vino hacia mí, y yo retrocedía hacia la pared, estremeciéndome de espanto, el pie levantado para golpearla, para repelerla.

Pero Jacques ordenó: —Aquí, ahora mismo. —Ella se volvió hacia él. Entonces, con sus dos grandes manos, se puso a frotarle la cabeza como si la estuviese liberando de lazos invisibles.

Mirza volvió a abrir los ojos: —Se acabó —dijo él.

No me atrevía a tocarla y empujé la puerta para que se fuera. Salió lentamente, temblando, agotada, y oí de nuevo sus uñas golpear contra los peldaños.

Pero Jacques volvió a acercarse a mí: —Eso no es todo. Lo que más me asusta es esto, mira. Los objetos me obedecen.

Sobre mi mesa había una especie de cuchillo-navaja que utilizaba para cortar los folios de los libros. Jacques extendió la mano hacia él. Su mano parecía trepar, se acercaba lentamente; y de pronto, vi, sí, vi cómo vibraba el mismísimo cuchillo, y se movió, se deslizó despacio, solo, sobre la madera hacia la mano parada que lo esperaba, y vino a colocarse bajo sus dedos.

Me eché a gritar de terror. Creí que yo mismo me volvía loco, pero el sonido agudo de su voz me tranquilizó de pronto.

Jacques prosiguió: —Todos los objetos vienen del mismo modo hacia mí. Por eso escondo mis manos. ¿Qué es esto? ¿Magnetismo, electricidad, imán? No lo sé, pero es horrible.

»¿Y entiendes por qué es horrible? Cuando estoy solo, en cuanto estoy solo, no puedo impedirme atraer todo lo que me rodea.

»Y me paso días enteros cambiando cosas de sitio, sin cansarme nunca de probar este abominable poder, como para ver si lo sigo teniendo. Había

escondido sus grandes manos en los bolsillos y miraba en la noche. Un pequeño ruido, un ligero estremecimiento parecía pasar entre los árboles.

Era la lluvia que empezaba a caer.

Murmuré: —¡Es espantoso!

Repitió: —Es horrible.

Un rumor acudió al follaje, como un golpe de viento. Era el chaparrón, el aguacero espeso, torrencial.

Jacques se puso a respirar con grandes bocanadas que le levantaron el pecho.

—Déjame —dijo—, la lluvia va a tranquilizarme. Ahora deseo estar solo.

LA RABIA

Mi querida Genoveva: Me pides que te cuente mi viaje de boda. Me atreveré? ¡Ah! ¿Por qué no me dijiste algo, por qué no me diste a entender algo? Yo, ignorante, no sabia nada; pero absolutamente nada. ¡Me parece bien! Hacia dieciocho meses que te casaste, dieciocho meses que lo sabes todo, tú, mi amiga del alma, que antes eras tan comunicativa conmigo, y en ocasión tan dificultosa no tuviste ni caridad para prevenirme. Si me hubieses advertido, si hubieses despertado siquiera mi curiosidad, si me hubieses dejado entrever la menor sospecha, me habrías ahorrado una simpleza de que aún me avergüenzo, de la cual se reirá mi marido toda la vida; y es tuya la culpa.

He quedado en ridículo para siempre; cometí una estupidez, cuyo recuerdo no se borra fácilmente. Y tú podías evitarlo. ¡Ah, si yo lo hubiera sabido!

Prométeme que no te reirás de mí, si quieres que te diga lo que pasó.

No; no es una comedia, es un drama.

Me casé por la tarde, y debíamos tomar el tren de la noche para el viaje de novios; ya lo sabes, yo distaba mucho de parecerme a Paulina, cuyas aventuras nos ha referido tan graciosamente Gyp en su bonita novela *En torno del matrimonio*.

Y si mamita me hubiese dicho como la señora de Häütretan dice a su hija: «Tu marido te oprimirá entre sus brazos, y...», yo no podría responder como Paulina, riendo: «No sigas, no me hace falta preparación; estoy al tanto de lo que debe ocurrirme...»

Yo lo ignoraba todo, y mamá, la pobre mamá, conmovida, no se atrevió a insinuarme la menor idea referente a un suceso tan escabroso.

A las cinco desfilaban ya los invitados; el coche nos aguardaba para llevarnos a la estación.

Aún me parece ver a los criados cargando los baúles, y oigo la voz de papá, cascada por el llanto, que a duras penas podía contener. Los hombres han de ser fuertes. Al despedirse de mí, besándome y abrazándome, dijo: « ¡Valor, hijita!», como si fuesen a sacarme una muela. En cambio, mamá estaba hecha un mar de lagrimas. Mi marido apresuraba la despedida, procurando acortar aquella situación difícil. Yo, completamente dichosa, en aquel momento, sin embargo, lloraba también. De pronto sentí que me tiraban de la falda: era Bijou, al cual había olvidado por completo, no haciéndole ninguna caricia; y el animalito me daba su adiós a su manera. Me enternecí, y cogiéndole —ya sabes que no abulta más que un puño—, le cubrí de besos. Me gusta mucho acariciar a los animalitos; el contacto de su piel me produce una sensación agradable, un escalofrío delicioso.

El perrito estaba loco de alegría, y agitándose y lamiéndome, de pronto, me clavó los dientes en la nariz, No pude contener un grito, y solté a Bijou, porque la menuda herida me dolía y sangraba. Toda la familia se alarmó. Pidieron agua, vinagre, hilas y mi cariñoso marido me hizo la cura. No era nada; una rozadura insignificante. Al cabo de cinco minutos nos fuimos.

Pensábamos permanecer mes y medio en Normandía, y a media noche llegamos a Dieppe.

Ya sabes de qué modo me gusta el mar. Comunicué a mi esposo mi deseo de no acostarme sin haberlo visto, y comprendí que mi pretensión le contrariaba. «¿Tienes ya sueño?» —le pregunté riendo, y respondió—: «No tengo sueño; pero comprenderás que tengo un ansia de hallarme solo contigo»

Su respuesta me sorprendió y dije:

«¿Solo conmigo? ¿Pues no hemos venido solos en el vagón» «Sí —replicó sonriendo—, pero un vagón de tren, aun estando solos no puede compararse con una alcoba nupcial»

«También en la playa estaremos solos a estas horas... —insistí—. Nadie nos acompañará.»

Decididamente mi proyecto no era de su gusto, pero accedió afectuoso: «Lo que tú quieras, ángel mío.»

¡Espléndida noche! Una de esas noches que inspiran ideas grandiosas y vagas, casi más que pensamientos, emociones; algo así como un ansia de abrir los brazos, de extender las alas, de abarcar el cielo,... ¡qué sé yo! Algo así como si fuéramos de pronto a comprender lo incomprensible, a conocer lo desconocido.

Respiramos el ensueño, la poesía penetrante del ambiente, una delicia ultraterrena, un encanto que tal vez irradian las estrellas, la luna, la plateada y rugiente superficie del mar. Son los más bellos instantes de la vida, y que no nos permiten adivinar la otra existencia, como la revelación de lo que podía ser..., o de lo que será.

Sin embargo, mi esposo mostraba impaciencia, inquietud.

«¿Tienes frío?» —le preguntaba yo; y él me respondía negativamente.

Quise comunicarle mi entusiasmo.

«¿No ves a lo lejos un buque? Parece que se ha dormido sobre las aguas. Míralo... ¿Dónde podíamos disfrutar lo que disfrutamos aquí? Yo pasaría aquí toda la noche... ¿Quieres que aguardemos a ver salir el sol?»

Creyendo que me burlaba, me arrastró casi violentamente hasta el hotel. Si yo hubiera sospechado... ¡Ah miserable!

Cuando estuvimos en nuestras habitaciones, me sentí avergonzada, cohibida, sin saber por qué; te lo juro. Le rogué que me dejara sola para desnudarme y meterme en la cama.

Y ahora llega lo dificultoso, No sé cómo decírtelo. Haré lo posible para darme a entender.

Creyó malicia mi extremada inocencia, y fingimiento mi absoluta ignorancia; supuso que mi abandono, confiado y sencillo, era un estudio, una táctica, y no se preocupó de las delicadas atenciones precisas para que semejantes misterios no sorprendan y resulten siquiera tolerables a una criatura que no está preparada ni advertida.

Primero temí que se hubiera vuelto loco, y después me aterroró la idea de morir a sus manos. El miedo no deja lugar a la reflexión; poseída por el miedo, sin razonar, imaginé cosas horribles en un segundo. Todas las gacetillas de los periódicos donde se refieren sucesos extraordinarios, crímenes complicados, todas las relaciones de fieros dramas conyugales, acudieron a mi memoria, ¿No podía ser un malvado quien me trataba de aquel modo? Me defendí, le rechacé como pude, y, defendiéndome desesperadamente, hasta le arranqué un mechón de pelo y una guía del bigote; al fin, conseguí librarme de sus garras con un supremo esfuerzo, y gritando «¡Socorro! ¡Socorro!», me precipité, casi desnuda, por la escalera.

Se abrieron a mis gritos, ante mí, varias habitaciones, asomando a las puertas hombres en camisa, con la palmatoria en la mano. Me arrojé desatinada en los brazos de uno de ellos, implorando su protección. Otro detuvo a mi marido.

No puedo precisarte lo que ocurrió entonces. Vocearon, se golpearon y acabaron riendo a carcajadas, unas carcajadas ruidosas y estremecidas. ¡Qué manera de reír! Toda la casa se reía, desde los desvanes hasta las bodegas. Resonaban en los corredores y en las alcobas ecos de hilaridad; los cocineros y las doncellas, se retorcían de tanto reír en las buhardillas, y el mozo de guardia rodaba sobre su colchón, como si se hallase accidentado, en el vestíbulo.

Imagínate, mujer. ¡En una fonda!

Volví a verme sola con mi esposo, el cual me ofreció algunas ligeras nociones del caso, como explican los maestros, antes de realizarlo, un experimento de química. El hombre no se mostraba muy satisfecho; yo lloré toda la noche, y en cuanto amaneció, huimos de allí.

Pero aún hay más.

Al día siguiente llegamos a Pourville, que sólo es un embrión de balneario. Mi esposo me agobiaba con sus atenciones y sus ternuras. Pasado el primer sofocón, parecía muy satisfecho. Avergonzada y desolada por mi aventura de la víspera, procuré mostrarme todo lo amable y dócil que pude; pero, no te imaginarás todo el horror, la repugnancia, casi el odio que me inspiró Enrique, al revelarme del todo el infame secreto que se oculta con tanto afán a las muchachas. Me sentía desconsolada, con una tristeza mortal, arrepentida, y espoleada por el deseo de volver al hogar paterno, a mi vida sin azares, de soltera. Llegamos a Etretat. Los bañistas se hallaban hondamente preocupados por un horrible suceso: acababa de morir una joven a la cual había mordido un perrito rabioso. Al enterarme, sacudió mi cuerpo un escalofrío. Me dolió al

instante la mordedura de mi perrito —de cuyo accidente ya no me acordaba siquiera—, y sentí un cosquilleo extraño.

Por la noche no me fue posible dormir, sobresaltada, olvidándome por completo de mi marido. ¡También yo podía morir de hidrofobia! Por la mañana le hice referir detalladamente al camarero la historia de la víctima. ¡Qué angustia! Pasé todo el día paseando por la playa, sin hablar, meditando: «¡Morir de hidrofobia! ¡Qué muerte tan horrible!»...

Mi esposo me preguntaba:

«¿En qué piensas? Te veo triste.»

Y le respondía:

«No estoy triste; no pienso nada.»

Mis ojos se fijaban desvanecidos en el mar, en los campos, en las alquerías; pero sin ver nada preciso. Nadie hubiera podido saber lo que me atormentaba, y a nadie hubiera comunicado yo mis pensamientos. Sentía un dolorcillo, un verdadero dolor en la nariz. Quise retirarme.

Apenas de regreso en la fonda, me encerré, sola, para examinar la mordedura. No pude ver nada, y, sin embargo, era indudable que me dolía.

Escribí a mamá una carta breve, ansiosa—que debió de causarle mucha sorpresa—pidiéndole una respuesta categórica y urgente a insignificantes preguntas. Y cuando hube firmado, añadí esta posdata.

«Sobre todo, no dejes de hablarme del perrito; me interesa mucho.»

A la mañana siguiente, se me atravesaba la comida, no pude tragar ni un bocado, pero no consentí que llamaran al médico. Recostada en la arena, veía como se chapuzaban los bañistas. Los había gordos y flacos, pero todos me parecieron horribles o ridículos. Yo no tenía humor de burla ni ganas de risa, y pensaba:

«¡Qué felices deben de ser todos! No les ha mordido un perro, como a mí, como a la desventurada que ya murió. Nada temen y nada les apura. Vivirán mientras yo muero. Pueden saltar y alegrarse; divertirse a su gusto, satisfechos.»

A cada momento me llevaba la mano a la nariz, palpándome. ¿No se hinchaba? Y de regreso en la fonda, me encerré sola para mirarme al espejo. ¡Sí! Tenía ya otro color. ¡Estaba próxima la muerte!

Por la noche, sentí de pronto una ternura inexplicable hacia mi esposo, una ternura desesperada. Le creí amable y busqué apoyo en su brazo. Estuve a punto veinte veces de confesarle mi secreto espantoso; pero me contuve.

Abusó ferozmente de mi abandono y de mi languidez. Me faltaron fuerza y voluntad para resistirle. Al día siguiente, recibí carta de mamá, contestando a mis preguntas, pero sin decirme ni una sola palabra del perrito. De pronto pensé: «Habrá muerto y trata de ocultármelo.» Quise ir inmediatamente al telégrafo para librarme de tantas dudas en pocas horas; pero me detuvo esta reflexión: «Tampoco sabré la verdad; si el animalito ha muerto, no se atreverán a decírmelo.» Me resigné a pasar otros dos días de angustia y escribí de nuevo.

En mi carta pedía que nos facturasen al perro, para que me acompañara y me distrajera, porque me aburría un poco.

Por la tarde, comencé a sentir temblores. No cogía un vaso de agua sin que se me derramara la mitad. Era lamentable mi situación. Al anochecer, huyendo a mi esposo, me fui a la iglesia, y recé mucho.

Al salir de la iglesia, me dolió más que nunca la nariz; y entrando en una farmacia expliqué al farmacéutico el caso de una señora mordida por un perro y le pregunté qué sería prudente hacer. El farmacéutico era un hombre muy afable y servicial; me dio toda clase de instrucciones pero yo las iba olvidando a medida que iba él explicándolas; a tal punto estaba perturbado mi espíritu. Solamente retuve un consejo: «Los purgantes han estado con frecuencia indicados» Y compré varias botellas de no sé qué medicamentos «para enviárselos a la paciente»

Los perros que me salían al paso por la calle me horrorizaban, y me costaba gran esfuerzo contenerme y no echar a correr. También me pareció sentir deseo de morderlos.

Pasé toda la noche horriblemente agitada; mi marido se aprovechó. Al día siguiente, recibí carta de mamá, excusándose de facturar al perrito por temor a que padeciese hambre o ser abandonado tantas horas en una perrera del ferrocarril. Entendí que no podía enviármelo, que sin duda estaba muerto.

No dormí en toda la noche. Mi esposo roncaba; se despertó varias veces. Mi abatimiento era mayor a cada instante.

Quise bañarme y estuve a punto de caer desmayada en cuanto metí los pies en el mar; tanto me impresionó el frío del agua. Las piernas, temblorosas, apenas podían sostenerme; pero ya no me dolía la nariz.

Casualmente, me salió al encuentro el médico director de los baños; un hombre muy amable. Con habilidad suma, encaminó la conversación según mi conveniencia. Le dije que un perrito me había mordido en la nariz, algunos días antes, y pregunté qué sería necesario hacer si la inflamación sobreviniera. Riendo, me contestó:

«En su caso, no se me ocurre más que un remedio, señora mía: ponerse narices postizas, de cartón.»

Y segura de que yo no le había comprendido, añadió:

«O decirle a su esposo que tenga cuidado.»

No quedé más tranquila ni más enterada.

Enrique parecía estar aquella noche más alegre y más satisfecho que nunca. Fuimos al concierto, y antes que acabará me propuso que nos retirásemos y accedí porque todo me resultaba indiferente.

Me revolvía, sin cesar, fatigosa, inquieta en la cama; los nervios, alterados y vibrantes, no me dejaban punto de reposo. Enrique tampoco dormía. Suavemente me acariciaba, me besaba, como si hubiera comprendido al fin mi sufrimiento y tratase de aplacarlo con su ternura. Yo recibía sus caricias sin emocionarme, sin comprenderlas.

Pero de pronto, una sensación extraordinaria, violenta, enloquecedora, me hizo estremecer. Lancé un grito espantoso y desasiéndome del hombre que me tenía oprimida, salté al suelo y fui a desplomarme junto a la puerta. ¡Era la hidrofobia; la horrible hidrofobia. No habla salvación para mí.

Enrique me recogió, asustado, curioso de saber lo que yo sentía. Resignada, insensible, aguardando la muerte próxima, creía yo que después de algunas horas de tranquilidad, vendría otra conmoción violenta, y otra, y otra, repitiéndose hasta la crisis mortal.

Me dejé llevar a la cama, y al amanecer, las irritantes obsesiones de mi esposo, provocaron otro desequilibrio, que fue más duradero. Yo ansiaba chillar, morder, arañar, era terrible, pero menos doloroso de lo que yo temía.

Las ocho daban cuando me dormí; no había dormido en cuatro noches.

A las once me despertó una voz adorada. Era mamá, que asustada por mi correspondencia, quiso verme. llevaba en la mano un canastillo, dentro del cual, un bicho ladraba. Lo abrí con inquietud, esperanzada y vacilante a un tiempo. Y el perrito saltó sobre mi cama, lamiéndome, bailoteando, revolcándose, loco de alegría.

Pues bien, Genoveva; tampoco entonces comprendí...

Pero a la noche siguiente...

¡Oh la imaginación! ¡Cómo trabaja! ¡Y pensar que yo supuse!... ¡Que simpleza!, ¿verdad?

No he confesado a nadie —comprenderás la razón— mis torturas de aquellos cuatro días. ¡Mira tú que si Enrique lo supiera!... Ya se burla bastante de mí por el escándalo que armé la primera noche.

Sin embargo, sus burlas no me desagradan.

Me voy acostumbrando.

Nos acostumbramos a todo en la vida...

LA MANO

Estaban en círculo en torno al señor Bermutier, juez de instrucción, que daba su opinión sobre el misterioso suceso de Saint-Cloud. Desde hacía un mes, aquel inexplicable crimen conmovía a París. Nadie entendía nada del asunto.

El señor Bermutier, de pie, de espaldas a la chimenea, hablaba, reunía las pruebas, discutía las distintas opiniones, pero no llegaba a ninguna conclusión.

Varias mujeres se habían levantado para acercarse y permanecían de pie, con los ojos clavados en la boca afeitada del magistrado, de donde salían las graves palabras. Se estremecían, vibraban, crispadas por su miedo curioso, por la ansiosa e insaciable necesidad de espanto que atormentaba su alma; las torturaba como el hambre.

Una de ellas, más pálida que las demás, dijo durante un silencio: —Es horrible. Esto roza lo sobrenatural. Nunca se sabrá nada.

El magistrado se dio la vuelta hacia ella: —Sí, señora es probable que no se sepa nunca nada. En cuanto a la palabra sobrenatural que acaba de emplear, no tiene nada que ver con esto. Estamos ante un crimen muy hábilmente concebido, muy hábilmente ejecutado, tan bien envuelto en misterio que no podemos despejarle de las circunstancias impenetrables que lo rodean.

Pero yo, antaño, tuve que encargarme de un suceso donde verdaderamente parecía que había algo fantástico. Por lo demás, tuvimos que abandonarlo, por falta de medios para esclarecerlo.

Varias mujeres dijeron a la vez, tan de prisa que sus voces no fueron sino una: —¡Oh! Cuéntenoslo.

El señor Bermutier sonrió gravemente, como debe sonreír un juez de instrucción. Prosiguió: —Al menos, no vayan a creer que he podido, incluso un instante, suponer que había algo sobrehumano en esta aventura. No creo sino en las causas naturales. Pero sería mucho más adecuado si en vez de emplear la palabra sobrenatural para expresar lo que no conocemos, utilizáramos simplemente la palabra inexplicable. De todos modos, en el suceso que voy a contarles, fueron sobre todo las circunstancias circundantes, las circunstancias preparatorias las que me turbaron. En fin, éstos son los hechos:

«Entonces era juez de instrucción en Ajaccio, una pequeña ciudad blanca que se extiende al borde de un maravilloso golfo rodeado por todas partes por altas montañas.

«Los sucesos de los que me ocupaba eran sobre todo los de vendettas. Los hay soberbios, dramáticos al extremo, feroces, heroicos. En ellos encontramos los temas de venganza más bellos con que se pueda soñar, los odios seculares, apaciguados un momento, nunca apagados, las astucias abominables, los asesinatos convertidos en matanzas y casi en acciones gloriosas. Desde hacía dos años no oía hablar más que del precio de la sangre, del terrible prejuicio

curso que obliga a vengar cualquier injuria en la propia carne de la persona que la ha hecho, de sus descendientes y de sus allegados. Había visto degollar a ancianos, a niños, a primos; tenía la cabeza llena de aquellas historias.

«Ahora bien, me enteré un día de que un inglés acababa de alquilar para varios años un pequeño chalet en el fondo del golfo. Había traído con él a un criado francés, a quien había contratado al pasar por Marsella.

«Pronto todo el mundo se interesó por aquel singular personaje, que vivía solo en su casa y que no salía sino para cazar y pescar. No hablaba con nadie, no iba nunca a la ciudad, y cada mañana se entrenaba durante una o dos horas en disparar con la pistola y la carabina.

«Se crearon leyendas entorno a él. Se pretendió que era un alto personaje que huía de su patria por motivos políticos; luego se afirmó que se escondía tras haber cometido un espantoso crimen. Incluso se citaban circunstancias particularmente horribles.

«Quise, en mi calidad de juez de instrucción, tener algunas informaciones sobre aquel hombre; pero me fue imposible enterarme de nada. Se hacía llamar sir John Rowell.

«Me contenté pues con vigilarle de cerca; pero, en realidad, no me señalaban nada sospechoso respecto a él.

«Sin embargo, al seguir, aumentar y generalizarse los rumores acerca de él, decidí intentar ver por mí mismo al extranjero, y me puse a cazar con regularidad en los alrededores de su dominio.

«Esperé durante mucho tiempo una oportunidad. Se presentó finalmente en forma de una perdiz a la que disparé y maté delante de las narices del inglés. Mi perro me la trajo; pero, cogiendo en seguida la caza, fui a excusarme por mi inconveniencia y a rogar a sir John Rowell que aceptara el pájaro muerto.

«Era un hombre grande con el pelo rojo, la barba roja, muy alto, muy ancho, una especie de Hércules plácido y cortés. No tenía nada de la rigidez llamada británica, y me dio las gracias vivamente por mi delicadeza en un francés con un acento de más allá de la Mancha. Al cabo de un mes habíamos charlado unas cinco o seis veces.

«Finalmente una noche, cuando pasaba por su puerta, le vi en el jardín, fumando su pipa, a horcajadas sobre una silla. Le saludé y me invitó a entrar para tomar una cerveza. No fue necesario que me lo repitiera.

«Me recibió con toda la meticulosa cortesía inglesa; habló con elogios de Francia, de Córcega, y declaró que le gustaba mucho esta país, y este costa.

«Entonces, con grandes precauciones y como si fuera resultado de un interés muy vivo, le hice unas preguntas sobre su vida y sus proyectos. Contestó sin apuros y me contó que había viajado mucho por Africa, las Indias y América. Añadió riéndose: —Tuve mochas aventuras, ¡oh! yes.

«Luego volví a hablar de caza y me dio los detalles más curiosos sobre la caza del hipopótamo, del tigre, del elefante e incluso la del gorila.

«Dije: —Todos esos animales son temibles.

«Sonrió: —¡Oh, no! El más malo es el hombre.

«Se echó a reír abiertamente, con una risa franca de inglés gordo y contento: —He cazado mocho al hombre también.

«Después habló de armas y me invitó a entrar en su casa para enseñarme escopetas con diferentes sistemas.

«Su salón estaba tapizado de negro, de seda negra bordada con oro. Grandes flores amarillas corrían sobre la tela oscura, brillaban como el fuego. Dijo: —Eso ser un tela japonesa.

«Pero, en el centro del panel más amplio, una cosa extraña atrajo mi mirada. Sobre un cuadrado de terciopelo rojo se destacaba un objeto rojo. Me acerqué: era una mano, una mano de hombre. No una mano de esqueleto, blanca y limpia, sino una mano negra reseca, con uñas amarillas, los músculos al descubierto y rastros de sangre vieja, sangre semejante a roña, sobre los huesos cortados de un golpe, como de un hachazo, hacia la mitad del antebrazo.

«Alrededor de la muñeca una enorme cadena de hierro, remachada, soldada a aquel miembro desaseado, la sujetaba a la pared con una argolla bastante fuerte como para llevar atado a un elefante.

«Pregunté: —¿Qué es esto?

«El inglés contestó tranquilamente: —Era mejor enemigo de mí. Era de América. Ello había sido cortado con el sable y arrancado la piel con un piedra cortante, y secado al sol durante ocho días. ¡Aoh, muy buena para mí, ésta.

«Toqué aquel despojo humano que debía de haber pertenecido a un coloso. Los dedos, desmesuradamente largos, estaban atados por enormes tendones que sujetaban tiras de piel a trozos. Era horroroso ver esa mano, despellejada de esa manera; recordaba inevitablemente alguna venganza de salvaje.

«Dije: —Ese hombre debía de ser muy fuerte.

«El inglés dijo con dulzura: —Aoh yes; pero fui más fuerte que él. Yo había puesto ese cadena para sujetarle.

«Creí que bromeaba. Dije: —Ahora esta cadena es completamente inútil, la mano no se va a escapar.

«Sir John Rowell prosiguió con tono grave: —Ella siempre quería irse. Ese cadena era necesario.

«Con una ojeada rápida, escudriñé su rostro, preguntándome: "¿Estará loco o será un bromista pesado?"

«Pero el rostro permanecía impenetrable, tranquilo y benévolo. Cambié de tema de conversación y admiré las escopetas.

«Noté sin embargo que había tres revólveres cargados encima de unos muebles, como si aquel hombre viviera con el temor constante de un ataque.

«Volví varias veces a su casa. Después dejé de visitarle. La gente se había acostumbrado a su presencia; ya no interesaba a nadie.

«Transcurrió un año entero; una mañana, hacia finales de noviembre, mi criado me despertó anunciándome que Sir John Rowell había sido asesinado durante la noche.

«Media hora más tarde entraba en casa del inglés con el comisario jefe y el capitán de la gendarmería. El criado, enloquecido y desesperado, lloraba delante de la puerta. Primero sospeché de ese hombre, pero era inocente.

«Nunca pudimos encontrar al culpable.

«Cuando entré en el salón de Sir John, al primer vistazo distinguí el cadáver extendido boca arriba, en el centro del cuarto.

«El chaleco estaba desgarrado, colgaba una manga arrancada, todo indicaba que había tenido lugar una lucha terrible.

«¡El inglés había muerto estrangulado! Su rostro negro e hinchado, pavoroso, parecía expresar un espanto abominable; llevaba algo entre sus dientes apretados; y su cuello, perforado con cinco agujeros que parecían haber sido hechos con puntas de hierro, estaba cubierto de sangre.

«Un médico se unió a nosotros. Examinó durante mucho tiempo las huellas de dedos en la carne y dijo estas extrañas palabras: —Parece que le ha estrangulado un esqueleto.

«Un escalofrío me recorrió la espalda y eché una mirada hacia la pared, en el lugar donde otrora había visto la horrible mano despellejada. Ya no estaba allí. La cadena, quebrada, colgaba.

«Entonces me incliné hacia el muerto y encontré en su boca crispada uno de los dedos de la desaparecida mano, cortada o más bien serrada por los dientes justo en la segunda falange.

«Luego se procedió a las comprobaciones. No se descubrió nada. Ninguna puerta había sido forzada, ni ninguna ventana, ni ningún mueble. Los dos perros de guardia no se habían despertado.

«Ésta es, en pocas palabras, la declaración del criado:

«Desde hacía un mes su amo parecía estar agitado. Había recibido muchas cartas, que había quemado a medida que iban llegando.

«A menudo, preso de una ira que parecía demencia, cogiendo una fusta, había golpeado con furor aquella mano reseca, lacrada en la pared, y que había desaparecido, no se sabe cómo, en la misma hora del crimen.

«Se acostaba muy tarde y se encerraba cuidadosamente. Siempre tenía armas al alcance de la mano. A menudo, por la noche, hablaba en voz alta, como si discutiera con alguien.

«Aquella noche daba la casualidad de que no había hecho ningún ruido, y hasta que no fue a abrir las ventanas el criado no había encontrado a sir John asesinado. No sospechaba de nadie.

«Comuniqué lo que sabía del muerto a los magistrados y a los funcionarios de la fuerza pública, y se llevó a cabo en toda la isla una investigación minuciosa. No se descubrió nada.

«Ahora bien, tres meses después del crimen, una noche, tuve una pesadilla horrorosa. Me pareció que veía la mano, la horrible mano, correr como un escorpión o como una araña a lo largo de mis cortinas y de mis paredes. Tres veces me desperté, tres veces me volví a dormir, tres veces volví a ver el odioso despojo galopando alrededor de mi habitación y moviendo los dedos como si fueran patas.

«Al día siguiente me la trajeron; la habían encontrado en el cementerio, sobre la tumba de sir John Rowell; le habían enterrado allí, ya que no habían podido descubrir a su familia. Faltaba el índice.

«Ésta es, señoras, mi historia. No sé nada más.

Las mujeres, enloquecidas, estaban pálidas, temblaban. Una de ellas exclamó: —¡Pero esto no es un desenlace, ni una explicación! No vamos a poder dormir si no nos dice lo que según usted ocurrió.

El magistrado sonrió con severidad: —¡Oh! Señoras, sin duda alguna, voy a estropear sus terribles sueños. Pienso simplemente que el propietario legítimo de la mano no había muerto, que vino a buscarla con la que le quedaba. Pero no he podido saber cómo lo hizo. Este caso es una especie de vendetta.

Una de las mujeres murmuró: —No, no debe de ser así.

Y el juez de instrucción, sin dejar de sonreír, concluyó:

—Ya les había dicho que mi explicación no les gustaría.

EL HOMBRE DE MARTE

Estaba trabajando cuando mi criado me anunció:

—Señor, es un hombre que quiere hablar con el señor.

—Hágalo entrar.

De pronto vi a un hombrecillo que saludaba. Tenía aspecto de un enclenque maestro con gafas, cuyo cuerpo endeble no se adhería a ninguna parte de sus ropas demasiado flojas.

Balbuceó:

—Le pido perdón, señor.

Se sentó y continuó:

—Dios mío, señor, estoy demasiado turbado por las gestiones que emprendo. Pero era absolutamente necesario que yo manifestara mis inquietudes a alguien, y no había nadie más que usted...que usted... En fin, me he armado de valor...pero verdaderamente...ya no me atrevo.

—Atrévase pues, Señor.

—Verá, Señor, es que, tan pronto como empiece a hablar usted me tomará por un loco.

—Dios mío, señor, eso dependerá de lo que vaya a contarme.

—Exactamente, señor, lo que voy a decirle es raro. Pero le ruego que considere que no estoy loco, precisamente por esto, yo mismo reconozco lo inusual de mi confidencia.

—Y bien, señor, adelante.

—No señor, no estoy loco, pero tengo ese aspecto propio de los hombres que han reflexionado más que otros y que han franqueado un poco, bien poco, las barreras del pensamiento medio. Piense pues, señor, que nadie piensa en nada en este mundo. Cada uno se ocupa de sus asuntos, de su fortuna, de sus placeres, de su vida en una palabra, o de pequeñas tonterías divertidas como el teatro, la pintura, la música o la política, la más grande de las necedades, o de cuestiones industriales. ¿Quién piensa? ¿Quién? ¡Nadie! ¡Oh! ¡Me acelero demasiado! Perdón. Vuelvo a mi asunto.

Hace cinco años que yo llegué aquí, señor. Usted no me conoce pero yo le conozco muy bien... Yo nunca me mezclo con la gente que frecuenta la playa o el Casino. Vivo sobre el acantilado, adoro con pasión estos acantilados de Etretat. No conozco otros más bellos, más sanos. Quiero decir sanos para el espíritu. Es una admirable ruta entre el cielo y el mar, un camino de hierba, que discurre sobre esta gran muralla, al borde de la tierra, por encima del océano.

Mis mejores días son aquellos que he pasado tendido sobre una pendiente de hierba, a pleno sol, a cien metros por encima de las olas, soñando. ¿Me comprende?

—Sí señor, perfectamente.

—Ahora, ¿me permite hacerle una pregunta?

—Hágala, señor.

—¿Usted cree que los otros planetas estén habitados?

Yo respondí sin dudar y sin parecer sorprendido:

—Ciertamente lo creo.

Se volvió loco de alegría, se levantó, se volvió a sentar, embargado por unas ganas evidentes de estrecharme entre sus brazos y gritó:

—¡Ah, ah! ¡Qué suerte! ¡Qué alegría! ¡Respiro! ¿Pero cómo he podido dudar de usted? Un hombre no sería inteligente si no creyera en los mundos habitados. Hace falta ser un tonto, un idiota, un bruto, para suponer que los millares de universos brillan y giran únicamente para divertir y asombrar al hombre, ese insecto estúpido por no comprender que la Tierra no es nada mas que una mota de polvo invisible en medio de la polvareda de los mundos, que todo nuestro sistema entero no está formado mas que por algunas moléculas de vida sidereal que muy pronto morirán. Mire la Vía Láctea, ese río de estrellas, y piense que ésta no es nada más que una mancha dentro de la extensión que es el infinito. Piénselo solo durante diez minutos y comprenderá porque nosotros no sabemos nada, no adivinamos nada, no comprendemos nada. Nosotros solo conocemos un punto, no sabemos nada del más allá, nada del exterior, nada de ninguna parte, y creemos, y nos afirmamos. ¡Ah! ¡ah! ¡jah! ¡Si de repente nos fuera revelado el secreto de la gran vida ultraterrestre, qué estupefacción! Pero no...pero no...yo soy una bestia en mi entorno, nosotros no lo comprenderíamos ya que nuestro espíritu no está hecho más que para comprender las cosas de esta tierra; no puede extenderse más lejos, es limitado, como nuestra vida, encadenado a esta bolita que nos lleva, y juzga todo por comparación. Ve, pues, señor, como todo el mundo es ignorante, estrecho y persuadido del poder de nuestra inteligencia, que apenas sobrepasa el instinto de los animales. Nosotros no tenemos ni siquiera la facultad de percibir nuestra imperfección; estamos hechos para saber el precio de la mantequilla y del trigo, y, como mucho, para hablar sobre el valor de los caballos, de los barcos, de los ministros o de los artistas.

Eso es todo. Somos aptos exactamente para cultivar la tierra y servirnos torpemente de lo que está por debajo de ella. Apenas comenzamos a construir máquinas que funcionan, nos asombramos como niños por cada descubrimiento que, desde hace siglos habríamos debido hacer, si hubiéramos sido seres superiores. Estamos todavía rodeados de lo desconocido, incluso en este momento en el que han sido necesarios miles de años de vida inteligente para intuir el concepto de la electricidad. ¿Somos de la misma opinión?

Yo respondí riendo:

—Sí señor.

—Entonces muy bien. Y bien, señor, ¿alguna vez se ha interesado usted por Marte?

—¿Por Marte?

—Si, por el planeta Marte.

—No, señor.

—¿Me permitiría contarle algunas cosas sobre él?

—Por supuesto, señor, con gran placer.

—Usted sabe, sin duda, que los mundos de nuestro sistema solar, de nuestra pequeña familia se formaron por la condensación en globos de primitivos anillos gaseosos desprendidos unos después de otros de la nebulosa solar

—Sí señor.

—De esto resulta que los planetas más alejados son los más viejos y deben de ser, consecuentemente, los más civilizados. Este es el orden de su nacimiento: Urano, Saturno, Júpiter, Marte, la Tierra, Venus, Mercurio. ¿Admite usted que estos planetas estén habitados como la Tierra?

—Evidentemente. ¿Por qué creer que la Tierra es una excepción?

—Muy bien. El hombre de Marte, aún siendo más anciano que el de la Tierra....perdón, voy muy deprisa. En primer lugar voy a probarle que Marte está habitado. Marte presenta a nuestros ojos aproximadamente el aspecto que la Tierra debe de presentar a los observadores marcianos. Los océanos allí ocupan menos espacio y están más diseminados. Se les reconoce por su tono negro porque el agua absorbe la luz mientras que los continentes la reflejan. Las modificaciones geográficas sobre este planeta son frecuentes y prueban la actividad vital. Tiene dos estaciones parecidas a las nuestras, con nieve en los polos que vemos aumentar y disminuir siguiendo las épocas del año. Un año es muy largo, seiscientos ochenta y siete días terrestres, es decir seiscientos sesenta y ocho días marcianos, descompuestos como sigue: ciento noventa y uno en primavera, ciento ochenta y uno para verano, ciento cuarenta y nueve para otoño y ciento cuarenta y siete para invierno. Se ven menos nubes que aquí, así que allá debe de hacer más frío y más calor.

Le interrumpí:

—Perdón señor, estando Marte mucho más lejos del Sol que nosotros, debe de hacer siempre más frío, me parece.

Mi extraño visitante gritó con vehemencia:

—¡Error, señor! ¡Error absoluto! Nosotros estamos, nosotros, más lejos del sol en verano que en invierno. Hace más frío sobre la cima del Mont Blanc que en su base. Le remito, por otra parte, a la teoría mecánica del calor de Helmholtz y de Schiaparelli. El calor del Sol depende principalmente de la cantidad de vapor de agua que contiene la atmósfera. He aquí por qué: el poder absorbente de una molécula de vapor de agua es dieciséis veces superior a la de una molécula de aire seco, así que el vapor de agua es nuestra fuente de calor; y Marte, teniendo menos nubes, debe de ser al mismo tiempo mucho más caluroso y mucho más frío que la Tierra.

—No lo pongo en duda.

—Muy bien. Ahora, señor, escúcheme con atención. Se lo ruego.

—Es lo que estoy haciendo, señor.

—¿Ha oído usted hablar de los famosos canales descubiertos en 1884 por Schiaparelli?

—Muy poco.

—¡Cómo es posible! Sepa, pues, que en 1884, Marte, encontrándose en oposición y separada de nosotros solo por una distancia de veinticuatro millones de leguas, Schiaparelli, uno de los más eminentes astrónomos de nuestro siglo y uno de los observadores más fiables, descubrió de repente una gran cantidad de líneas negras rectas o quebradas siguiendo formas geométricas constantes, y que unían, a través de los continentes, los mares de Marte! Sí, sí, señor, canales rectilíneos, canales geométricos, de una igual anchura durante todo el recorrido, canales contruidos por seres! Sí, señor, la prueba de que Marte está habitado, que allí hay vida, que allí se piensa, que allí se trabaja, que nos observan. ¿Comprende usted? ¿Comprende?

Veinte años más tarde, durante la siguiente alineación volvimos a ver esos canales, más numerosos, sí, señor. Y son gigantescos, su anchura no tiene menos de cien kilómetros.

Yo sonreí respondiendo:

—Cien kilómetros de anchura. Han sido necesarios obreros muy rudos para excavarlos.

—¡Oh señor! ¿Qué dice? ¡Usted ignora que este trabajo es infinitamente más fácil en Marte que en la Tierra puesto que la densidad de sus materiales constitutivos no sobrepasa la sexagésima novena parte de los nuestros! La intensidad de la gravedad allí alcanza a penas la trigésimo séptima parte de la nuestra. ¡Un kilogramo de agua solo pesa 370 gramos!

Me lanzaba estas cifras con tal seguridad, con la confianza típica de comerciante que sabe el valor de un número, que no pude impedir reírme y tenía ganas de preguntarle lo que pesan, en Marte, el azúcar y la mantequilla.

Movió la cabeza.

—Usted se ríe, señor, me toma por estúpido después de tomarme por loco. Pero las cifras que le cito son las que usted encontrará en todas las obras especializadas de astronomía. El diámetro de Marte es casi la mitad más pequeño que el nuestro; su superficie no es más que la veintiseisava centésima parte de la del globo terráqueo; su volumen es seis veces y media más pequeño que el de la Tierra y la velocidad de sus dos satélites prueba que pesa diez veces menos que nosotros. Ahora bien, señor, la intensidad de la fuerza de gravedad, dependiente de la masa y del volumen, es decir, del peso y de la distancia de la superficie al centro, de ello se deduce, indudablemente, un estado de levedad sobre este planeta que convierte la vida en algo diferente, regula de forma desconocida para nosotros las acciones mecánicas y debe de hacer predominar las especies aladas. Sí, señor, el ser Rey de Marte tiene alas.

Vuela, pasa de un continente a otro, se pasea, como un espíritu, alrededor de su universo al cual le ata sin embargo la atmósfera que no puede franquear, aunque...

En fin, señor, ¿se imagina este planeta cubierto de plantas, de árboles y de animales cuyas formas no podemos ni sospechar y habitado por grandes seres alados semejantes a como nos han descrito a los ángeles? Yo los veo revoloteando por encima de las llanuras y de las ciudades en el aire dorado que tienen allá. Ya que, por otra parte, creíamos que la atmósfera de Marte era roja como la nuestra azul, pero es amarilla, señor, de un hermoso amarillo dorado.

¿Se asombra usted ahora de que esas criaturas hayan podido excavar anchos canales de cien kilómetros? Y además, piense únicamente en lo que la ciencia ha hecho aquí desde hace un siglo... desde hace un siglo... y piense que los habitantes de Marte son tal vez superiores a nosotros...

Se calló bruscamente, bajó los ojos, y después murmuró con voz suave:

—Ahora es cuando usted va a tomarme por loco... cuando le diga que yo estuve a punto de verlos... yo... la otra tarde. Usted sabe, o no sabe, que estamos en la estación de las estrellas fugaces. Durante la noche del 18 al 19 principalmente, se ven todos los años en cantidades innumbrables; es probable que nosotros pasemos en ese momento a través de los restos de un cometa.

Así que, yo estaba sentado sobre la Mane-Porte, sobre ese enorme saliente del acantilado que se mete un paso sobre el mar y miraba esa lluvia de pequeños mundos sobre mi cabeza. Es más divertido y más hermoso que unos fuegos de artificio, señor. De repente, percibí uno por encima de mi, muy cerca, un globo luminoso, transparente, rodeado de alas inmensas y palpitantes o al menos yo creí ver unas alas en medio de las tinieblas de la noche. Hacía tirabuzones como un pájaro herido, giraba sobre sí mismo con un enorme ruido misterioso, parecía que estaba jadeando, muriendo, perdido. Pasó delante de mi. Parecía un monstruoso balón de cristal, lleno de seres enloquecidos, apenas claros, pero agitados como la tripulación de un navío en peligro que ya no se gobierna y navega de ola en ola. Y el curioso globo, habiendo descrito una inmensa curva, fue a desplomarse a lo lejos en medio del mar, donde escuché su profunda caída parecida al ruido de un disparo de cañón.

Todo el mundo, por otra parte, en el país, escuchó este choque formidable que tomaron por un trueno. Solo yo le vi... yo vi... si hubieran caído sobre la costa cerca de mi, habríamos conocido a los habitantes de Marte. No diga ni una palabra, señor, piense, piense largo tiempo y después cuéntelo un día si usted quiere. Sí, yo vi... yo vi... el primer navío aéreo, el primer navío sideral lanzado al infinito por unos seres pensantes... a menos que yo no haya más que asistido simplemente a la muerte de una estrella fugaz capturada por la Tierra. Ya que, usted no ignora, señor, que los planetas cazan a los mundos errantes del espacio como nosotros aquí perseguimos a los vagabundos. La Tierra, que es ligera y débil, no puede detener en su camino más que a los pequeños transeúntes de la inmensidad.

Se levantó, exaltado, delirante, abriendo los brazos para simular la marcha de los astros.

—Los cometas, señor, que vagabundean por las fronteras de la gran nebulosa, de los cuales nosotros somos condensaciones, los cometas, pájaros libres y luminosos, vienen hacia el Sol de las profundidades del infinito. Vienen arrastrando su cola inmensa de luz hacia el astro rey; vienen, aceleran tanto su excéntrico curso que no pueden reunirse con quien les llama; solamente después de haberlo rozado, son relanzados al espacio por la velocidad misma de su caída..

Pero si, en el curso de su viaje prodigioso, han pasado cerca de un poderoso planeta, si han sentido, desviados de su ruta, su influencia irresistible, vuelven entonces a este nuevo amo que los mantiene, en lo sucesivo, cautivos. Su parábola ilimitada se transforma en una curva cerrada y es así como nosotros podemos calcular el regreso periódico de los cometas. Júpiter tiene ocho cautivos. Saturno uno, Neptuno también uno, y su planeta exterior igualmente uno, además de una armada de estrellas fugaces... Entonces... entonces... puede que yo haya visto solamente a la Tierra detener a un pequeño mundo errante...

Adiós señor, no me responda nada, reflexione, reflexione y cuente todo esto un día si usted quiere....

Eso es todo. Este chiflado no me pareció tan tonto como un simple rentista.